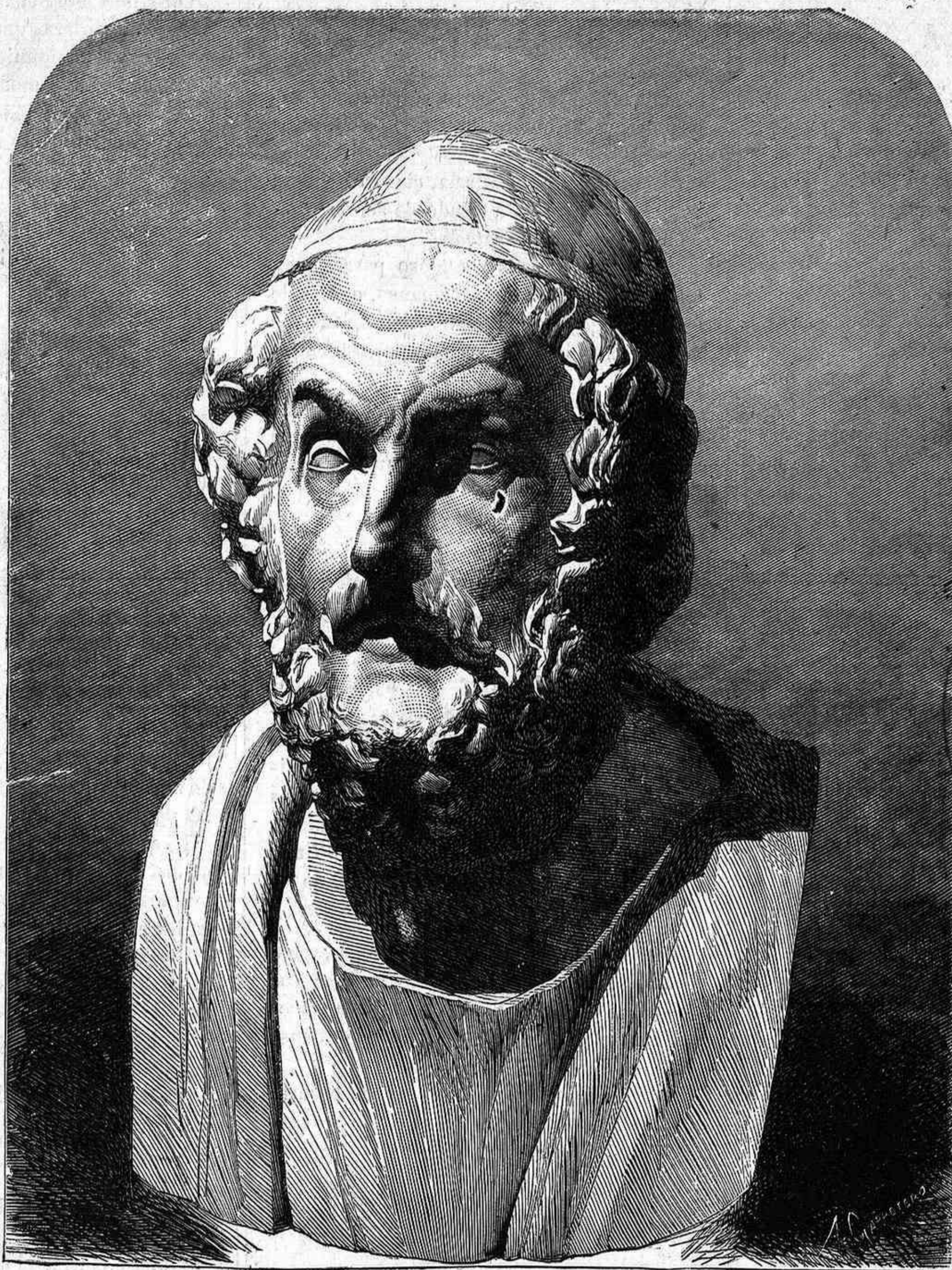


La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2.º quintá.º

MADRID
20 de Febrero de 1887.

Año VIII.—Núm. 5



HOMERO (Copia del busto que existe en la Academia de San Fernando.)

SUMARIO

GRABADOS: Homero (copia del busto que existe en la Academia de San Fernando).—Entrega á los condes de Rivadeo del traje usado por S. M. el Rey el día de la Epifanía.—El Carnaval (alegoría), por Comba.—Granada: el patio de los Leones, en la Alhambra.—Excmo. Sr. D. Manuel Becerra, ex-ministro de Fomento y de Ultramar.—Lisboa: patio del palacio de Belén.—Bellas Artes: la primera cita.—El Sub-inspector médico D. Augusto Llacayo.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Excelentísimo Sr. D. Manuel Becerra, ex-ministro de Fomento y de Ultramar.—Homero.—Entrega á los condes de Rivadeo del traje usado por S. M. el Rey el día de la Epifanía.—Alegoría del Carnaval.—El patio de los Leones, en la Alhambra de Granada (cuadro del pintor alemán M. Richard Seel).—Lisboa: patio del palacio de Belén.—La primera cita de amor.—Especulación frustrada (soneto), por D. J. Guillén Buzarán.—Necrología, por el General D. Gregorio Jiménez Palacios.—Memento (de L. Stechetti), por D. Cayetano de Alvear.—La patria del hombre, por D. V. Colorado.—Los egoístas, arreglo del inglés por A. Ordax (continuación).—La novela contemporánea, por D. Conrado Solsona.—Espectáculos, por *Cantaclaro*.—Bibliografía.—Anuncios.—Sobre cubierta, por D. Eduardo de Paasio.—Charadas.—Solución á las anteriores.

CRÓNICA

España es así; hace las más grandes cosas sin saberlo.

Si en este momento se pregunta á los españoles con qué país están en guerra, dieciséis millones y pico contestarán que con ninguno.

Y sin embargo, la lucha con los moros de Mindanao y Joló no puede ser más seria.

Si se sumaran las víctimas que esa guerra, al parecer pequeña, ha ocasionado en nuestro ejército en los últimos años, veríamos que vale la pena de ocuparse de ello.

Se trata de un país casi desconocido, un país remoto, al cual no es fácil llevar rápidamente fuerzas militares, por la sencilla razón de que *no las tenemos en sitio próximo*; de un país insalubre para el español no aclimatado en Filipinas; se trata de una raza fuerte, y tan páfida como fuerte, y tan tenaz como páfida; se trata de hombres que diariamente sacrifican su vida con fanático entusiasmo, arrojándose en nuestras filas á morir matando; se trata, en fin, de poner término á ese desangre incesante, á esa vena abierta en nuestro ejército por el *campilan* malayo.

Las escasísimas fuerzas que tenemos en Filipinas estarán á estas horas empeñadas en cruelísimos combates, y nosotros no tenemos perspicacia bastante para penetrar los designios del general Terrero, que ha tomado el mando de la expedición.

Supongamos que á fuerza de heroísmo y de sangre castiga duramente á los rebeldes del famoso Dato Utto.

¿Y después?

Quien tenga algún conocimiento de aquellos países y sepa lo que es un *moro juramentado*, se quedará perplejo ante esta pregunta.

Y aun la guerra con los moros no es más que una parte del problema, mucho más complicado desde que la rapacidad europea ha extendido su garra sobre aquellos mares, ávida de presas fáciles de arrebatar de manos des-cuidadas.

El problema no se resuelve sólo con cinco mil hombres y material de guerra de dudosa eficacia: se resuelve con fuerzas numerosas y oportunamente renovadas, con depósitos de guerra bien establecidos y abundantemente provistos, y además, enlazando la permanencia

de fuerzas militares en el archipiélago con el problema de la colonización, y poniendo á contribución del logro los adelantos que la civilización suministra para estos casos.

Bastante han hecho y hacen aún en Filipinas las Ordenes religiosas; tiempo es ya de que el hombre civil y el hombre de armas completen la obra.

De otro modo, nuestro destino no habrá cambiado desde 1860 hasta la fecha. Moros de acá ó moros de allá, nuestro papel, enfrente de ellos, es siempre el mismo: guerra muy cruel, muy brillante, muy honrosa; resultado práctico, ninguno.

Como prueba de que las posesiones de Filipinas han de adquirir de día en día mayor importancia, y de que á los españoles nos queda mucha guarnición que defender, mucha fuerza que aplicar, mucho cable que tender y mucho servicio que organizar en aquellas islas, tenemos la noticia de un tratado secreto entre Alemania y China, sobre el cual se ha fijado extraordinariamente la atención de los políticos europeos, por estar China entre posesiones rusas, inglesas y francesas.

Si la noticia se confirma, claro es que el tratado secreto habrá dejado de ser *secreto*, aunque siga siendo *tratado*.

En definitiva, más ventajoso parece para los chinos que para los alemanes, que, á lo sumo, obligarian á Francia á distraer fuerzas navales, las menos necesarias para su empeño capital.

Peró sirva esto de confirmación á que en Oriente (próximo y remoto), está el teatro de las Iliadas que se preparan, porque *alli están las especias*.

Hasta los Santos empiezan á ser *de color*, según indica en las siguientes líneas *La Correspondencia*:

«La Sagrada Congregación de la Propaganda de Roma acaba de autorizar á monseñor Livinghae, vicario apostólico de Victoria Nyanza, en las misiones del cardenal Lavigerie, para que recoja con sumo cuidado las actas de los mártires negros que han sufrido la muerte ha poco tiempo, en defensa de la fe católica en aquellos países, con objeto de remitirlas á la Sagrada Congregación de Ritos.»

Ya teníamos algunos Santos *negros*; pero no eran conocidos como tales, y es cosa que importa conocer un Santo *negro* para encomendarnos á él en las siguientes circunstancias:

Encuentro con ladrones en noche oscura.
Alumbramiento de gemelos.
Cesantía.
Baja de la Bolsa.
Y cuando abre la boca la mamá política.
(Esta es la más negra.)

Dicen que dos abogados, no celestiales, anduvieron á cachetes días pasados.

Serán de ver las cuentas.

Los clientes pueden ir encomendándose al más negro de los Santos.

Como quien va del cielo á la tierra, vengamos á tratar de la estadística de Madrid que recientemente ha publicado un periódico.

Hay en ella desequilibrios y desproporciones muy notables.

Por ejemplo: para 27.918 *Menegildas*, sólo hay 25 memorialistas.

Esto indica que hay pocos novios ausentes, que las sirvientas salen con frecuencia á la calle, y que lo que sucede no es para escrito.

Hay 2.037 taberneros para 833 aguadores. Son pocas tabernas.

Este dato tiene otro punto de vista: 833 aguadores para 2.037 tabernas, son pocos aguadores.

Prosigamos:

Hay en Madrid *una turca*. ¡Mentira!

Como este otro: 224 pasteleros... ¡Y un pico!

Un dato horrible: 294 fondistas, posaderos, etc., y *una sola Plaza de Toros*.

Otro más horrible: hay en la corte 2.605 porteros y porteras que no pagan el impuesto de la medalla municipal, ni tienen sentido común, ni buenos modales, ni bozal, ni nada.

Otra desproporción: 7.829 modistas para 9.674 estudiantes. Como se ve, no son ellas las desproporcionadas.

Peluqueros y barberos hay 1.324; pero falta en la estadística el número de sordos.

Diecisiete *judíos*... ¡Que se lo cuenten á su abuela!

Mucho ojo con este dato, amigos lectores: hay en Madrid 2.243 hembras propietarias. No se dice en la estadística que estén casadas.

Aunque tristemente se supone.

Y más ojo todavía con la siguiente desproporción: 61 quitamanchas y 1.224 empleados del Municipio.

Son poquísimos empleados, y así hacen los quitamanchas de las suyas.

Acabemos con el Municipio...

No; acabemos la Crónica con el Municipio, ya que se nos viene á la pluma.

La única vez que ha dictado una orden justa, sabia, benéfica y de progreso, ha tenido la desgracia de ponerse á *couteau tiré* con las mujeres.

La que menos es una Kupfer que se pasa el día *trinando* con motivo del bando que prohíbe colgar la ropa lavada (más ó menos) en los balcones.

De igual oposición serían objeto las órdenes que se dieron en su tiempo para verter dentro de casa ciertas aguas que antes corrían libremente por el arroyo.

Además, la *difteria* disminuye.

Y las ganancias de las lavanderas aumentan.

Y los sombreros de copa van más seguros.

Pero...

Llegará el día de las elecciones municipales.

Y pobre marido el que votara la reelección de un concejal.

Le pondrían negro y Santo.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EXO

Entr

do con

dadano

las ha

estadia

Y es

sario

pueblo

nerosa

concre

toda,

poder

Y to

D. Ma

Nac

esta c

triunf

aquell

ó siqu

poco á

sentin

él, el

patria

Esc

cambi

extra

prime

vino á

tivida

posici

lítica

Si h

bilida

y la re

ha alc

patria

Bec

de alc

bó con

mo, ab

iba á t

un pr

ma de

de pan

Lam

de qu

pront

el ver

ron pe

Su

aprec

fesó s

ción r

En

los su

Inglat

cauda

cioná

inglés

mente

Tri

miar

Corte

y Lu

tuvo

instru

plazo

oblig

batid

han v

todos

En

mar,

rame

en m

tució

para

entre

del d

el de

prese

EXCMO. SEÑOR DON MANUEL BECERRA
exministro de Fomento y Ultramar.

Entre los hombres que han alcanzado y merecido con mayor justicia la estimación de sus conciudadanos y la popularidad en su patria, ninguno las ha obtenido en grado más alto que el ilustre estadista cuyo nombre encabeza estas líneas.

Y es que para alcanzar la popularidad es necesario representar genuinamente las ideas de un pueblo, ser fiel intérprete de las aspiraciones generosas de una sociedad, encarnar un pensamiento concreto y grande, y luego consagrar á él la vida toda, el corazón entero, y una inteligencia clara y poderosa.

Y todas estas circunstancias han concurrido en D. Manuel Becerra.

Nacido en los últimos años del primer cuarto de esta centuria, cuando el absolutismo, segunda vez triunfante, se ensañaba más cruelmente contra aquellos que habían tenido la osadía de resistirle ó siquiera de censurarle, Becerra fué saturándose poco á poco del odio á la injusticia y á la tiranía, sentimiento que muy en breve había de hacer de él, el más ferviente apóstol de las libertades de la patria.

Escaso de bienes de fortuna, pero dotado, en cambio, de una energía y una fuerza de voluntad extraordinarias, una vez hechos los estudios de primera enseñanza en Lugo, su provincia natal, vino á la corte, donde se proponía, á fuerza de actividad y perseverancia, conquistar, más que una posición desahogada, un nombre ilustre en la política y en las ciencias.

Si ha conseguido su objeto, díganlo la respetabilidad que entre los políticos más eminentes goza, y la reputación que, como matemático y sociólogo, ha alcanzado entre los hombres doctos de nuestra patria y de fuera de ella.

Becerra ingresó en la Escuela de Caminos, donde alcanzó en breve justísima fama, y donde aprobó con brillantez todos los cursos, excepto el último, abandonando la carrera precisamente cuando iba á terminarla, por una cuestión que sostuvo con un profesor acerca de la resolución de un problema de matemáticas, y en la cual la razón estaba de parte del alumno.

Lanzado después á la política con todo el fervor de que era capaz su enérgica naturaleza, fué bien pronto la encarnación de las ideas democráticas, el verbo de todas aquellas conspiraciones que dieron por resultado la revolución de Septiembre.

Su valor y su inteligencia fueron justamente apreciados por el ilustre general Prim, que le profesó siempre un entrañable cariño y una estimación respetuosa.

En la emigración que sufrió Becerra después de los sucesos del 66, viajó por Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica y Holanda, aumentando así el caudal de conocimientos ya adquiridos, y perfeccionándose en el estudio de los idiomas alemán é inglés, que, además del francés, conoce perfectamente.

Triunfante la revolución, sus compatriotas premiaron sus trabajos y sus méritos llevándole á las Cortes Constituyentes, Madrid por 34.000 votos, y Lugo por 40.000. En aquellas Cortes Becerra tuvo la gloria de presentar un proyecto de ley de instrucción primaria obligatoria, y otro de reemplazo del ejército, basado también en el servicio obligatorio; proyectos ambos que fueron muy combatidos por muchos demócratas, y que después han venido indispensablemente á formar parte de todos los programas liberales.

Encargado más tarde del ministerio de Ultramar, su ilustración vastísima y sus ideas verdaderamente reformistas no tardaron en manifestarse en multitud de proyectos, entre otros, el de Constitución para Puerto Rico, el de libertad de cultos para Ultramar, el de establecimiento del cabotaje entre la Península y las Antillas, el de abolición del derecho diferencial de bandera, y, por último, el de abolición de la esclavitud, que no llegó á presentar á las Cámaras por su salida del minis-

terio, pero del cual tomó gran parte su sucesor.

Desempeñó después la cartera de Fomento, pero fué por brevísimo plazo, y en circunstancias tan azarosas para la patria, que no le fué posible desarrollar los planes que acerca de la instrucción y del engrandecimiento del país tenía, y que nos hubieran colocado indudablemente al nivel de las demás naciones, en lo que á ilustración y progreso se refiere.

Cuando en 1873 los furiosos federales llegaron á su colmo, hubo de emigrar de nuevo Becerra, perseguido y tratado como reaccionario por aquellos republicanos que jamás habían hecho esfuerzo ni sacrificio alguno por la libertad ni por la república; pero su emigración duró poco, pues elegido diputado por Becerreá, y despreciando los furiosos de la demagogia, como antes había despreciado los de la tiranía, no hizo caso del peligro, y vino á las Cortes, donde enfrente de todas las exageraciones, defendió siempre la causa del orden y de la libertad.

Desde entonces, excepto una legislatura que vino á la Alta Cámara por la provincia de Cuenca, ha venido sin interrupción al Congreso, ya representando su distrito de Becerreá, ya por San Clemente ó Tarancón, donde tiene grandes simpatías.

Cuando en 1881 el duque de la Torre hizo las declaraciones que dieron por resultado la formación de la izquierda liberal, D. Manuel Becerra ingresó en este partido, manteniéndose siempre alejado del poder, para que no pudieran decir que defendió nunca sus ideas por ambición de medro, él, que antes de ser ministro se había negado dos veces á serlo; circunstancia que acaso no cuenta ningún otro hombre público de nuestro país.

En la izquierda ha continuado hasta que surgió esta última división á causa de la tendencia del señor López Domínguez á unirse con el Sr. Romero; pues el Sr. Becerra creía que era más lógico ser benévolo con la actual situación, que ha prometido solemnemente hacer las reformas liberales defendidas por la izquierda, que unirse con los conservadores; de modo que puede decirse que ha quedado el último, sustentando la bandera de su partido.

El Sr. Becerra, como hombre de ciencia, ha publicado, á más de otras obras, un libro con el título de *El imperio ibérico*, que es una de las obras más notables que se han publicado en España en el presente siglo. La historia, la filosofía, la religión, las artes, las ciencias, las leyes, las razas, todo está estudiado con un alto espíritu de crítica en esa magnífica obra, no inferior á *La civilización en Europa*, de Guizot, ni á *La civilización en Inglaterra*, de Henry Thomas Bukle.

Una de las cosas que más sorprenden en D. Manuel Becerra, es el comprender cómo con una vida tan agitada y tan llena de azares como la suya, ha tenido tiempo para adquirir tan múltiples, extensos y profundos conocimientos. Cierto es que su memoria es tan privilegiada como su inteligencia, pues ha llegado á retener dos mil verbos griegos. Hoy mismo sigue al día el movimiento científico de Europa en todos los ramos del saber humano, especialmente en lo que hace relación á las ciencias positivas y á la organización de los ejércitos, cuyo estudio y mejoramiento es una de las pasiones del ilustre demócrata.

Su biblioteca es una de las primeras de España. Los libreros del barrio Latino de París le conocen tanto como los de la Puerta del Sol, y á su casa de la plaza del Cordón llegan con frecuencia los primeros ejemplares de los catálogos y revistas que se publican en París, Londres, Leipzig y Berlín.

En Becerra, como en todos los hombres de gran corazón, han ejercido grande y benéfica influencia las mujeres. Primero su madre, mujer enérgica, de severas costumbres, admiradora de la libertad y del valor; una verdadera romana de los primeros tiempos de la república, que hubiera preferido ver á su hijo muerto antes que cobarde; después su esposa, la señora doña María Ortiz, á quien de derecho corresponden la mitad de los triunfos y las glorias de D. Manuel Becerra, porque con él com-

partió todos los trabajos y todos los peligros, y aun le libró de muchos, y á quien Becerra cedería gustoso toda su parte; ¡tanto era el afecto que la profesaba!

Por lo que respecta á su carácter, Becerra, á pesar de su rudeza y de su energía, no obstante la sagacidad de su entendimiento, que es una de sus notas más características, tiene unos sentimientos y un corazón de niño. Los que son sus amigos íntimos tienen con él una confianza ilimitada: al tratarle, se empieza por admirar al político y al sabio, y se acaba por olvidar á ambos para querer al hombre. Nadie más fácil de ser engañado que él, por uno que se llame su amigo, pues tiene para todos el corazón abierto; verdad es que el que lo sea verdadero, no encuentra nunca medio de dejar de serlo, porque en Becerra es un culto la amistad.

En una ocasión, siendo ministro, llevó al Consejo un nombramiento á favor de un amigo, y como alguno de sus compañeros quisiera hacerle objeciones, Becerra las terminó diciendo:

—No siga usted. Disponga usted de mi cartera, señor presidente. A mis amigos no se les discute.

El amigo fué nombrado en aquel mismo consejo.

El que escribe estas líneas se vió obligado á ir á la emigración, por delito de imprenta, en 1884. Becerra le llamó y le dijo:

—Pídame usted todo cuanto necesite. Yo no soy rico; pero por un amigo como usted, y en ocasión como ésta, vendo hasta los muebles de mi casa.

Tengo una gran satisfacción en hacer público este hecho, no por elogio á D. Manuel Becerra, pues sé que esto ha de molestarle, sino para manifestar mi orgullo por haber merecido tal amistad.

Con estas condiciones, es hasta lógico que, á pesar de haber sufrido muchos desengaños, Becerra haya tenido y tenga en la actualidad amigos dispuestos á sacrificarlo todo por él.

En una ocasión, huyendo de la policía, que tantas veces le ha perseguido, iba distraído en una diligencia, y como recayese la conversación sobre la parte que él había tomado en la conspiración abortada, Becerra, para despistar á sus compañeros de viaje, empezó á hablar mal de sí mismo.

No habían andado un kilómetro, cuando, al bajarse del coche, vió que se bajaba también otro de los viajeros, y que, dirigiéndose á él, le decía:

—Usted ha insultado á Becerra, y, ó ahora mismo confiesa usted que todo lo que ha dicho es falso, ó no da usted un paso más.

Becerra se vió obligado á defenderse de aquel desconocido apasionado, y tuvo la franca osadía de descubrirse á él.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todas las anécdotas que caracterizan á D. Manuel Becerra; pero no podemos menos de dar á conocer la siguiente, que le pinta, como si dijéramos, de cuerpo entero.

Se ejecutaban trabajos para una conspiración, y Becerra se había encargado, con algunos patriotas, de la fabricación de cartuchos, los cuales se hacían en una casa de la plaza de la Cebada.

Había allí algunas arrobas de pólvora, y un día, alguno de los congregados manifestó temor ó repugnancia de aquellos trabajos. Becerra comprendió que aquello era un germen de discordia que podía ser muy peligroso, y con imperturbable serenidad se sentó sobre un saco de combustible, sacó un cigarro, encendió un fósforo, y con él en la mano, dijo:

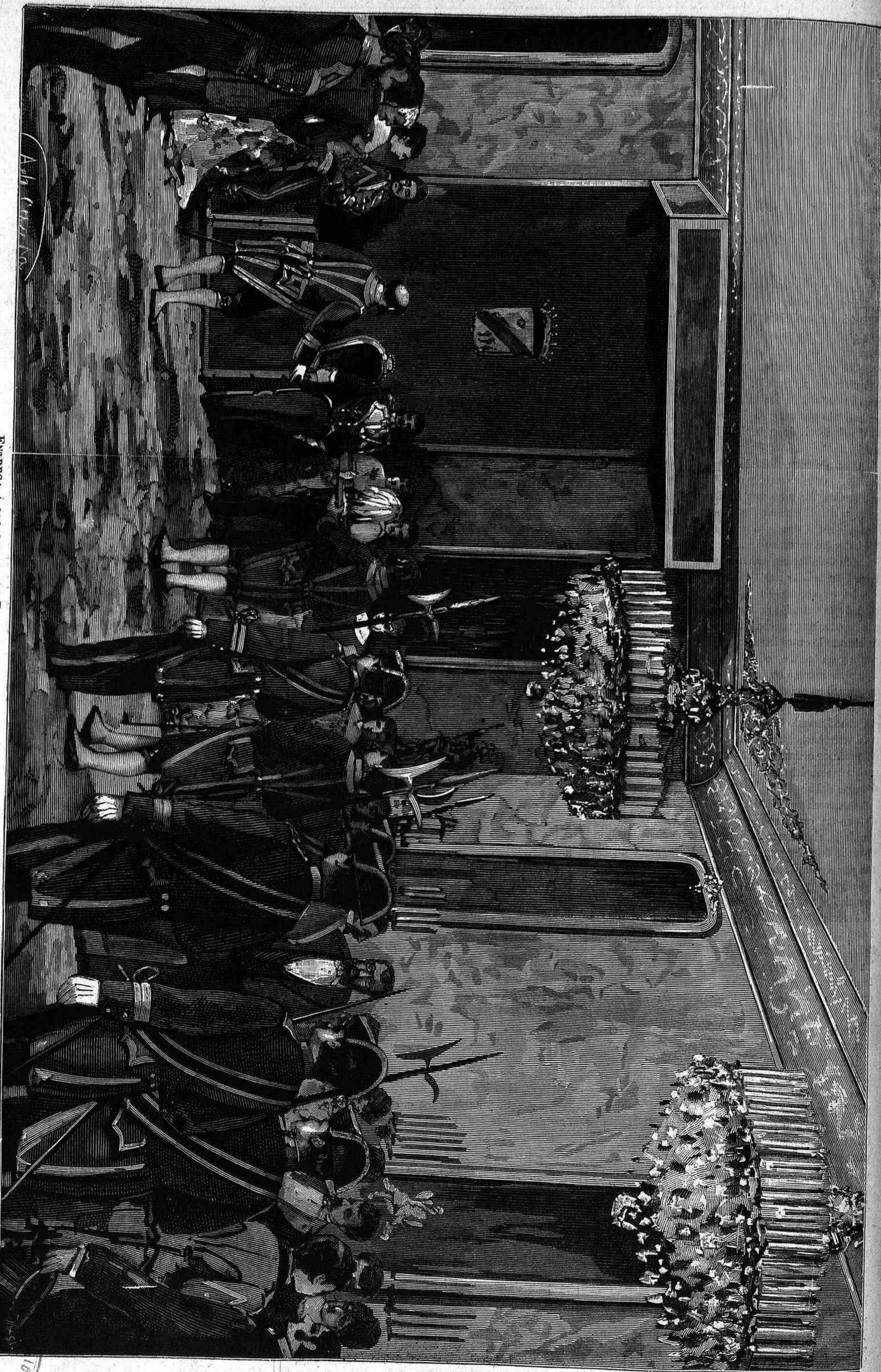
—¿Conque tenéis miedo á estos trabajos? Pues mirad; de esta manera se termina todo.

Y se dispuso á soltar el fósforo ardiendo sobre un montón de pólvora.

Los trabajadores, asustados, prometieron solemnemente seguir trabajando y guardar absoluto silencio; pero al siguiente día, Becerra había trasladado á otra habitación su fábrica de cartuchos, y no contó más con aquellos buenos patriotas.

Tal es, en brevísimos rasgos dibujado, el hombre á quien tanto debe la libertad, y de quien tanto puede todavía esperar la patria.

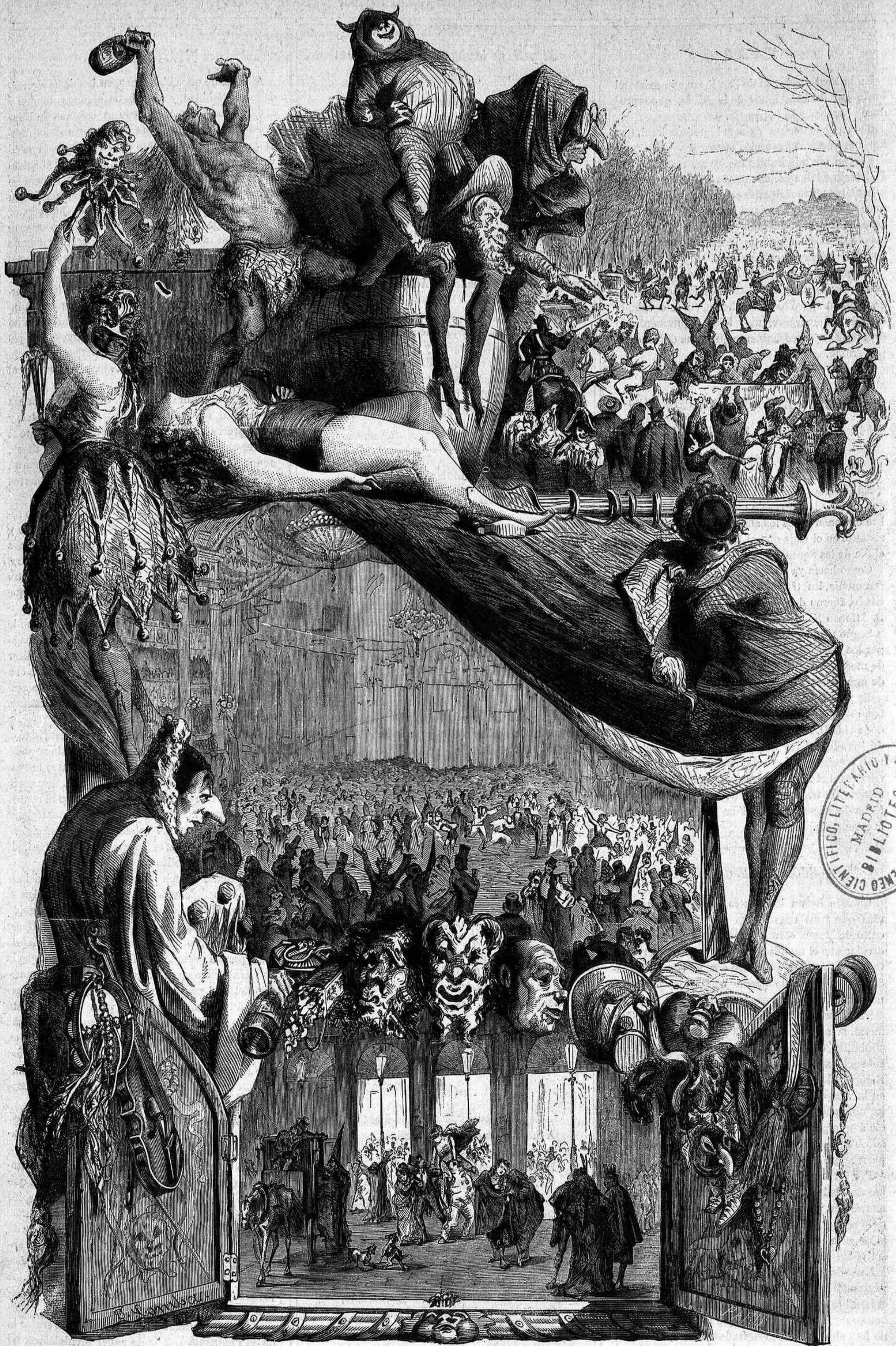
F. SOLDEVILLA.



Ala (C) 1870

ENTREGA A LOS CONDES DE R. V. ADEO DEL TRAJE USADO POR S. M. EL REY EL DIA DE LA EPIFANIA





EL CARNAVAL.—ALEGORÍA (por Comba).

HOMERO

En la Real Academia de San Fernando existe el busto del inmortal autor de la *Iliada*, que reproduce el grabado de la pág. 65.

¿Qué puede decirse de aquel genio colosal, que ignoren nuestros ilustrados lectores?

Fueron tan admirables sus obras, recogidas por Pisistrato é Hiparco, en el siglo VI (antes de Jesucristo); tan extraordinarias parecieron á algunos críticos de tiempos posteriores, que no faltó quien negase la existencia del gran épico, ya que casi todas las ciudades de la antigua Grecia se disputaban el honor de haber poseído su cuna.

Sin embargo, la envidia creó contra Homero un Zóilo—*Homeromastix* (el azote de Homero);—y el gran genio apuró hasta las heces, en esta vida, el cáliz de la amargura, muy lejos seguramente de presumir el puesto eminente que le ha deparado la posteridad.

ENTREGA Á LOS CONDES DE RIVADEO

del traje usado por S. M. el Rey el día de la Epifanía.

En la tarde del 1.º del actual recibieron los condes de Rivadeo el regalo que por antigua costumbre obtienen todos los años de la Casa Real, consistente en el traje que el Rey de España viste en el día de los Santos Reyes.

Como hacía ya tres años que no se cumplía esta ceremonia, los trajes que se remitieron en el día citado, fueron dos del Rey difunto y uno de S. M. D. Alfonso XIII.

Según ritual establecido, el presente fué llevado por los jefes de oficios de Palacio, en un carruaje de media gala, tirado por seis caballos y seguido de una escolta de guardias alabarderos.

Es ya sabido que, según autorizados documentos, este antiguo privilegio dimana de haber salvado la vida D. Rodrigo de Villandrado, primer conde de Rivadeo, al rey D. Juan II, vistiendo el traje real, precisamente cuando los nobles, conspiradores contra el Monarca, intentaban darle muerte. El cambio de traje costó al de Rivadeo la vida. La fecha del suceso fué la del día de Reyes, y de ahí la ceremonia.

ALEGORÍA DEL CARNAVAL

Cuando llegan los cuatro días (antes no eran más que tres) consagrados por la costumbre al culto de Momo, el hombre parece como si deseara olvidar que el mundo y la vida son un perpetuo Carnaval, y cubre su rostro con la careta del ridículo, aparentando querer ocultar los dolores y miserias de la existencia humana.

Para nosotros, lo decimos francamente, el Carnaval, si alguna significación tiene hoy, si algo simboliza, es la degradación á que pueden llegar las sociedades y los individuos que las forman. Reliquia de tiempos que afortunadamente pasaron en la vida de la humanidad, y reliquia monstruosa, nos muestra el lado más antipático de la especie á que pertenecemos, al ocultar el rostro, sello admirable puesto por la Divinidad á su obra de perfección.

Por fortuna, y dicho sea ésto en honor del pueblo de Madrid, el Carnaval va muy á menos. Apenas se ven ya máscaras por las calles, quedando todo reducido á las estudiantinas, lo que equivale al negocio, expresión de las aspiraciones y de la actividad en este siglo positivista.

La bella alegoría que reproduce el grabado de la página 69 resume todas las extravagancias á que el hombre se entrega en las noches del Carnaval, que es donde aún se conoce que las famosas fiestas no han sido todavía desterradas.

El patio de los leones en la Alhambra de Granada,

(Cuadro del pintor alemán M. Richard Seel.)

Hermoso es el grabado de la pág. 72, copia exacta de un excelente cuadro que pintó hace pocos años, con destino al Museo de Munich, el distinguido artista bávaro M. Richard Seel.

Éste, que ha visitado con el álbum y el lápiz en la mano las principales ciudades de nuestra patria, se complace en trasladar al lienzo exactas copias de nuestros mejores monumentos; y el cuadro que mencionamos, retrata admirablemente el grandioso patio de los Leones, en la Alhambra de Granada, mágico alcázar fundado por Alhamar el Magnífico.

El autor, teniendo á la vista esta soberbia muestra de la arquitectura árabe española, finge creer que vagan todavía por los anchos salones de la Alhambra arrogantes zegríes y brillantes abencerrajes, que resuenan en los jardines del palacio de Alhamar las guzlas moriscas, y el melancólico acento de cautivas beldades, que custodian negros esclavos y apuestos pajeillos, entretenidos jugando al ajedrez ó á los dados.

Lisboa.

PATIO DEL PALACIO DE BELÉN

Formando uno de los lados de la plaza de San Fernando en Lisboa, se ve el muro del suntuoso palacio de Belén, cuya mole se levanta sobre un elevado promontorio.

Obsérvase en el edificio que no presenta ningún estilo original arquitectónico, porque las reformas ejecutadas en él bajo diferentes reinados, no se sujetaron á un plan uniforme y metódico. La fachada del Mediodía tiene cinco pisos, y la del Norte está incompleta; pero en cambio el gran patio de honor es digno por todos conceptos de ser visitado.

El grabado de la pág. 73 es una copia de este patio, hecha de fotografía, y da de su suntuosidad exacta y cabal idea.

LA PRIMERA CITA DE AMOR

Dos jóvenes campesinos, niños casi, asisten á su primera cita de amor, y ambos parecen como cortados el uno en presencia del otro, sin atreverse á romper el silencio y dar salida á la dicha que embarga sus corazones.

Pero allí cerca, muy cerca, oculto en la enramada, el travieso Cupido afila sus agudos dardos, y se apresta á hacer blanco en los dos amantes, seguro de que sus tiros producirán efectos inmediatos en aquellas sencillas naturalezas, poco aptas para disimular sus impresiones y poner trabas á la manifestación de sus afectos.

Especulación frustrada.

SONETO

Logró Pascual con reflexión atenta,
A impulso de su pródiga malicia,
Dar visos de virtud á la codicia
De todo achaque de avidez exenta.

Nadie de tal ardid cayó en la cuenta,
Siendo en su artero amaño tan propicia,
Que sospechar del bien fuera injusticia,
Y hasta de la razón visible afrenta.

Pero presto la farsa calculada
Dejó de producir el triste daño
Ante la sociedad amenazada:

Y al solo anuncio del peligro extraño,
Quedó la astucia por su mal frustrada,
Y cual justa lección el desengaño.

J. GUILLÉN BUZARÁN.

Madrid 21 de Diciembre de 1886.

NECROLOGÍA

A la luz de unos blandones, en hombros de soldados de Sanidad, y seguido de algunos deudos y amigos, era conducido, desde la estación de Burgos á la casa en que debía quedar depositado hasta que llegara el momento de su entierro, el cadáver de Augusto Llacayo, que debía dormir el sueño eterno en el panteón de los Quevedos, á cuya familia pertenece la señora que lleva dignamente su duelo, la Excm. señora doña Sara de Quevedo.

Tenía lugar esta imponente y fúnebre procesión en una noche serena del mes de Octubre; y al día siguiente, tras la ceremonia religiosa, era trasladado al cementerio principal, acompañado de numeroso séquito, en el que brillaban desde los uniformes de los oficiales generales hasta los de los individuos de tropa, y del cual formaba parte una no pequeña de la población civil de Burgos, que pagaba este último tributo de consideración y afecto al hombre de ciencia, al literato, y sobre todo al soldado heroico y al amigo leal.

Cúpole al autor de estas líneas la triste honra de presidir el duelo, como Gobernador militar, y elevó preces al Altísimo como fervoroso creyente al volver al seno de nuestra común madre, la tierra, aquellos despojos, animados dos días antes por un espíritu levantado y un corazón noble, abiertos siempre á las ideas y sentimientos generosos.

La mano helada de la muerte vino á posarse sobre aquel sér, si débil ya de cuerpo, vigoroso y fuerte de espíritu, y los hijos huérfanos, la esposa viuda, los amigos de Llacayo, perdieron al padre, al esposo y al amigo al abrirse ese abismo entre dos orillas: la tierra que pisamos y el infinito que desconocemos.

Como piadosa ofrenda á la memoria del que le dió su corazón y su nombre, la viuda de Llacayo concibió y ejecutó sin dilación la idea de publicar su último libro, *Cochinchina y el Tonkin*, que con envoltura negra y oro, y precediendo al texto sentida dedicatoria á los amigos que le acompañaron á su última morada, acaba de aparecer.

Al dar las gracias á dicha señora, le manifesté el deseo de escribir algo, así como artículo necrológico, en que á la manera de esos retratos hechos con cuatro toques que acusan bien la fisonomía apareciera de relieve la de Llacayo; pero al contestarme, remitiéndome los datos para aquel trabajo, me encontré con que estaba hecho, y magistralmente hecho, en las columnas de *La Libertad*, periódico que se publica en Valladolid.

El artículo es anónimo; pero la modestia del autor no ha podido evitar que la mirada investigadora del público descubra al Sr. Macías, distinguido catedrático de la Universidad de Valladolid. Hacer yo otro artículo con la misma tendencia, habría sido, por mi parte, injustificada pretensión que la hubiera cedido en mi daño, dando lugar á un paralelo del cual no saldría favorecido. Hicelo así presente á la señora de Llacayo; pero ésta manifestó el deseo de que yo dijera algo de su pobre Augusto, según su triste y cariñosa expresión, y como en ello era yo el honrado, acepté en la única forma que podía hacerlo, dejando campejar sólo el trabajo bellísimo del Sr. Macías, y diciendo yo algo bajo distintos puntos de vista.

Vaya, pues, así al juicio del público, y que él sea favorable, si no al desempeño, al buen propósito que me guía.

Hizo Llacayo su carrera universitaria con notable aprovechamiento, y previa oposición, en la que obtuvo el primer lugar entre ocho opositores, ingresó en 1861 en el cuerpo de Sanidad militar, como médico de entrada, por real orden de 1.º de Agosto, y con la misma fecha ascendió por antigüedad á segundo ayudante médico, siendo destinado al batallón cazadores de Barcelona. A petición propia lo fué inmediatamente al ejército de Filipinas. No era la vida sedentaria y normal la que cuadraba á su carácter, y al trozar la de la Península por la de aquel archipiélago, no lo hizo, sin duda, por la mayor suma de bienestar que le proporcionara, sino para solicitar su destino

á Coch
del ho
á las
aquella
guardia
que le
la disti
soldado
tentab
En a
mentos
ferme
más t
consag
aquella
una p
guarda
más ri
ra de
tes y
dos los
mis su
ces ale
las imp
risueñ
estéril
al escr
Tonkin
mient
ideas
consig
cuanto
Inglat
unión
trarre
tánica
mular
niales
ilénti
¡Ah
los no
raleza
preoc
ñido e
mas, u
españ
reales
«In
todo e
neo; a
nuest
Mar I
ver có
fué cl
victor
»Es
hoy e
que se
justas
tribui
coloni
favor
que, o
amiga
»La
lia an
terrán
fomen
Holan
Ocean
»Al
extre
ría d
mos
entre
Sing
band
mas
nas,
un a
dero
res y
porv
la m

á Cochinchina, que obtuvo con el cargo de médico del hospital de Saigón. Incorporado muy pronto á las fuerzas de operaciones, siguió todas las de aquella penosísima campaña, siempre en la vanguardia, siempre dando muestras del valor heroico que le adornaba, valor galardonado más tarde con la distinción más honrosa que puede alcanzar un soldado: la cruz laureada de San Fernando, que ostentaba su pecho.

En aquella insalubre tierra, en lucha con los elementos y con los hombres, contra Llacayo la enfermedad que le condujo al sepulcro veinte años más tarde, minando lentamente una existencia consagrada por entero al servicio de la patria. «En aquella campaña, dice, adquirí el triste legado de una penosa enfermedad; pero desde entonces guardo también en la conciencia y en el alma el más rico patrimonio que legar á mis hijos: la honra de que pude cumplir con mi deber... Mis apuntes y memorias de la campaña de Cochinchina, todos los datos y noticias que en ella recogí, todos mis sueños é idealismos de entonces, con sus fugaces alegrías y persistentes desengaños, constituyen las impresiones más gratas de mi juventud; días risueños y felices de la vida para otros, pero muy estériles en dichas y en placeres para mí. Por eso, al escribir estas páginas (su libro *Cochinchina y el Tonkin*), he vuelto á profundizar todos los sentimientos de mi alma, y he pedido á mi inteligencia ideas y memoria... En estas páginas se encuentran consignados mis patrióticos deseos de anular, en cuanto sea posible, el absorbente poder colonial de Inglaterra, y su preponderancia en los mares. La unión de España, Portugal, Francia é Italia, contrarrestarían la insaciable y egoísta ambición británica, y en ese concepto debemos favorecer y formular la alianza y el desarrollo de intereses coloniales entre pueblos que tienen el mismo origen é idénticos propósitos.»

¡Ahl! ¡Cómo se revelan en los párrafos transcritos los nobilísimos sentimientos de Llacayo, su naturaleza soñadora, sus levantadas aspiraciones! Su preocupación es Inglaterra, ese pueblo que ha ceñido el mundo con una cadena de posadas marítimas, uno de cuyos eslabones es un pedazo de tierra española, en que el astuto leopardo ha sentado sus reales, Gibraltar.

«Inglaterra, dice, extiende sus dominios por todo el mundo; nos arrebató la soberanía de Borneo; anula nuestra influencia en África, esteriliza nuestros justificados derechos en Santa Cruz de Mar Pequeña, y pasamos aún por el oprobio de ver cómo flota en tierra española una bandera que fué clavada por la infamia, y no como trofeo de la victoria, en nuestro Peñón de Gibraltar.

»España no puede intentar conquistas, ni piensa hoy en locas y peligrosas aventuras; sólo pretende que se respete lo que es suyo, y que se atiendan sus justas reclamaciones; para conseguirlo ha de contribuir por todos los medios á debilitar el poder colonial de Inglaterra y su supremacía en Oriente, favoreciendo la colonización de aquellas naciones que, como Francia y Portugal, han de ser nuestras amigas y aliadas.

»La alianza de España, Portugal, Francia é Italia anularían el dominio de Inglaterra en el Mediterráneo y en el Norte de África. El desarrollo y fomento de las colonias de Francia, Portugal y Holanda asegurarían nuestra dominación en la Oceanía, acrecentando su riqueza y su comercio.

»Al aumentar hoy la preponderancia inglesa en el extremo Oriente, y al decaer tanto la nuestra, sería de muchísimo interés para España que tuviéramos en las costas del Tonkin un punto avanzado entre los que ya forman una extensa línea desde Singapore á Hong-Kong: en esos mares ondean las banderas de Francia y de Inglaterra muy próximas á la ruta de nuestros barcos para ir á Filipinas, y es conveniente que tengamos en el Tonkin un asilo seguro de nuestras misiones, un fondeadero para nuestros buques y un depósito de víveres y de carbón para todas las contingencias del porvenir, facilitándonos además por este medio la manera de poder colonizar Mindanao y la de

sustituir el trabajo esclavo de la isla de Cuba y el del chino en Filipinas, favoreciendo la inmigración de los tonkineses y cochinchinos cristianos á Cuba y Mindanao.

Llacayo era un hombre de verdadero talento, entendiendo por tal, no la aptitud especial para un orden determinado de conocimientos, sino la general disposición para abrazarlos todos en elevada síntesis. Sus patrióticos recelos le llevan á sentar proposiciones y á excogitar remedios que harían honor á un estadista: su vida militar le sugiere consideraciones propias del hombre de guerra, que honrarían á un General experto; las descripciones de los países que recorrió pudieran tener cabida en Malte-Brun ó Reclús sin desentonar el cuadro.

Rara vez dejan de desarrollarse las epidemias en los ejércitos de operaciones, sobre todo si éstas tienen lugar en terrenos vírgenes, en deltas de ríos de ancho cauce y poco fondo, y en regiones cuyo clima favorece el desarrollo de los microorganismos. Tal sucedió en Cochinchina; y Llacayo, que se consagró con su habitual ardor al establecimiento de hospitales y curación de coléricos, fué atacado de la terrible enfermedad en la ciudadela de Locong, recientemente conquistada, con tales caracteres de gravedad, que á las pocas horas se le administró la Extremaunción: mejorado después, fué embarcado en un bote, que le condujo, tras ocho horas de navegación, á bordo del buque-hospital francés *Européen*, trasbordado luego á *L'Armée*, y de allí á Saigón. La naturaleza y la juventud vencieron aquella crisis, y Llacayo pudo embarcar con toda la división española y regresar á Manila, terminada la campaña, ajustadas las paces y firmado el tratado.

Apenas llegado, tuvo lugar el horroroso terremoto que redujo á escombros casi toda la población, y aunque herido, él mismo curó á más de 66 individuos del regimiento del Rey, en que volvió á prestar servicios, y estableció aquella noche el hospital de San Nicolás, donde quedó de guardia, sin reparar en los peligros ni en su estado.

En 1864 fué destinado á continuar sus servicios en la Península, y ya en ella, fué condecorado con la cruz de Epidemias por los que prestó durante la de Cochinchina, y con la de Isabel la Católica por su comportamiento en el terremoto de Manila.

Hasta 1868 su vida militar no ofrece circunstancia notable: el servicio ordinario en cuerpos, Dirección, Parque de Madrid y Alabarderos: los ascensos reglamentarios y el personal á médico mayor por los distinguidos servicios llenan este período de su brillante hoja.

Disuelto el cuerpo de Alabarderos en 30 de Octubre de 1868, fué destinado al Hospital Militar de Madrid, y en éste, en varios cuerpos, y siempre cumpliendo como bueno, continuó hasta 1872, en cuyo año obtuvo el empleo de subinspector de segunda clase por sus trabajos científicos, con arreglo á los artículos 100 y 101 del reglamento del cuerpo, á propuesta de la Junta Superior facultativa, y previo informe del Consejo de Estado. Los trabajos á que se hace referencia en la real orden de concesión son los siguientes:

1.º Un libro de Cirugía militar, ó Estudios de medicina operatoria y de Cirugía conservadora en los campos de batalla, en las ambulancias y en los hospitales.—2.º Una Memoria histórico-clínica de las gravísimas heridas inferidas al teniente coronel D. Angel González Nandín, acompañadas de importantes consideraciones sobre las heridas por arma de fuego.—3.º Un álbum de bocetos y fotografías de las lesiones causadas al referido jefe.—4.º Curso práctico de cirugía conservadora en heridas graves acompañadas de fracturas.

En 1873 fué destinado, á petición propia, al ejército de operaciones del Norte, siendo nombrado médico de la columna de Navascués, y comenzando la campaña en las Amézcogas por los hechos de de armas de Irurzun y Peñas de Santa Lueía. Sería prolijo seguir á Llacayo en todas sus vicisitudes de campaña. Herido en la acción de Aranaz, no abandona el puesto de honor y de peligro, cura á los

heridos en las guerrillas, librando á muchos de segura muerte, y continúa con la columna hasta San Sebastián, soportando intensos dolores.

Tal comportamiento mereció una mención especial del jefe de la columna, y al hacer la propuesta de recompensas, el General en jefe consignó que *el subinspector médico D. Augusto Llacayo, herido en la acción de Aranaz, se hizo acreedor al empleo inmediato por su arrojo é inteligencia, y que por su heroica conducta fué en aquella jornada la admiración de toda la columna.* Servicio tan brillante fué recompensado con el empleo de subinspector de primera clase. La herida recibida en Aranaz le inutilizó para el servicio, y previo los requisitos reglamentarios, ingresó en Inválidos, siendo baja en el cuerpo de Sanidad Militar.

Formado expediente para la concesión de la cruz de San Fernando por su heroico comportamiento en la acción de Aranaz, le fué otorgada en juicio contradictorio la de segunda clase, pensionada con 2.000 pesetas.

Así ostentó Llacayo la cruz destinada á recompensar el valor heroico, la que prueba los méritos científicos, la que se otorga como recompensa del ejercicio de la profesión en períodos de epidemia, y la Gran Cruz de Isabel la Católica, coronamiento de su carrera. Francia quiso también premiar su conducta en Cochinchina, y le condecoró con la cruz de la Legión de Honor.

Al contemplar aquella vida de sacrificios, abnegación y heroísmo; al poner mientes en la importancia de los servicios del cuerpo de Sanidad, para nosotros no es cuestión siquiera si se ha de conceder á sus individuos el derecho á los diversos grados de la Orden de San Hermenegildo, vivo recuerdo del más grande de los sacrificios. Es evidente que el que puede ganar la Cruz de San Fernando y la del Mérito Militar roja, no puede, no debe al menos, ser excluido de la que es distintivo de la *Constancia militar*.

Hora es ya de que cesen añejas preocupaciones y mezquinos exclusivismos, y de que todos los elementos militares que bajo sus pliegues cobija la bandera, vivan fraternal vida, sometidos á la Ordenanza de todo en todo, para la recompensa como para el castigo, para la gloria como para la ignominia.

Llacayo falleció en Valladolid el 11 de Octubre, á consecuencia de penalidades sin cuento.

Hemos querido pagar un tributo á su memoria, haciendo una ligera enumeración de sus servicios, presentados sin exageración, para que sean alto ejemplo en que se inspiren los que vistan el honoroso uniforme que honró; hemos hecho la necrología del médico militar. Para concluir, y dar idea del hombre en su vida de familia y en sus relaciones sociales, tomamos del artículo ya citado del Sr. Macías, los siguientes párrafos:

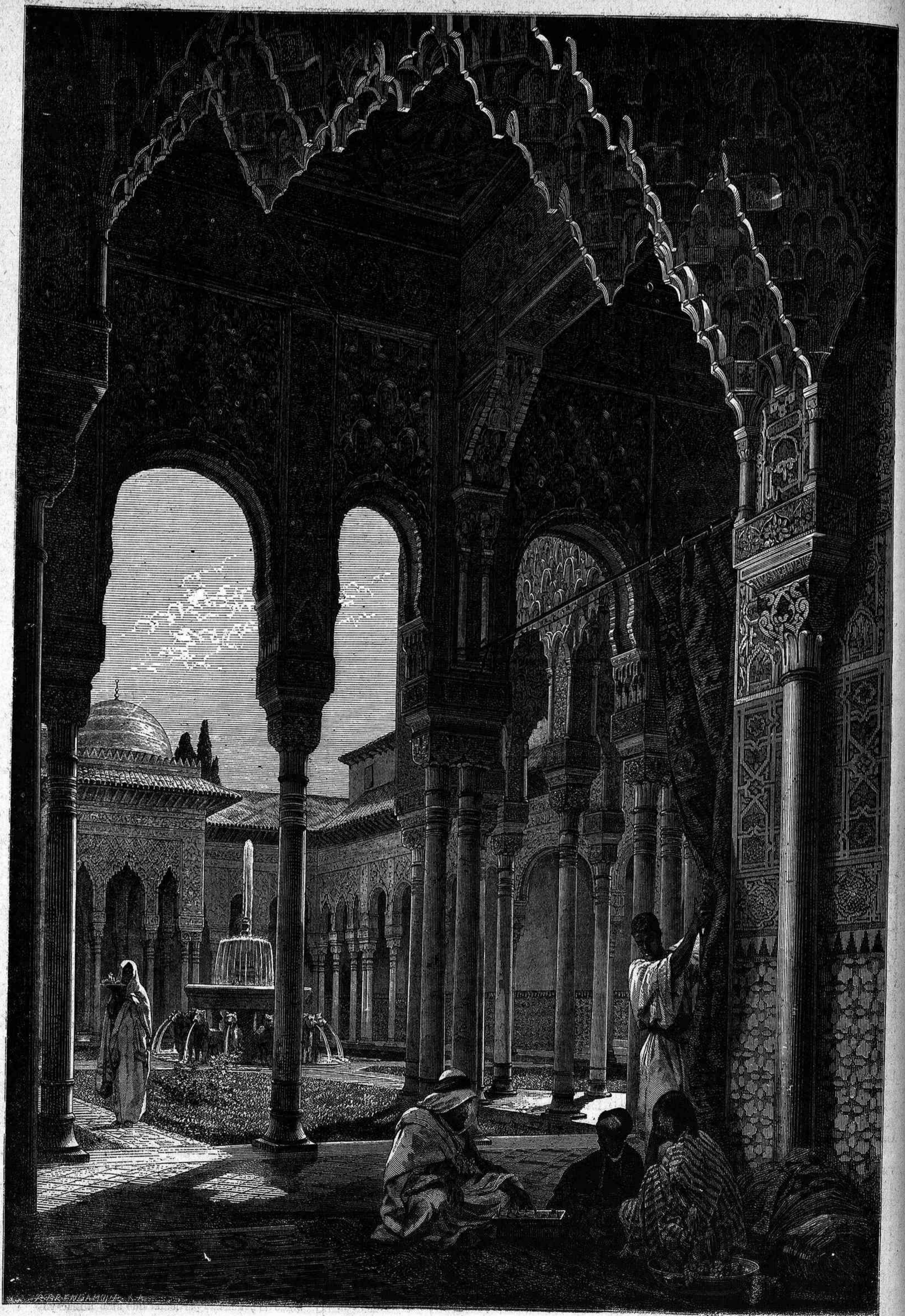
«El día de la memorable revolución de Septiembre, Augusto Llacayo era médico del cuerpo de Alabarderos.

»Fué ésta una época de tormentos para nuestro desgraciado amigo, época de lucha amarga entre sus espontáneas y arraigadas inclinaciones por una parte, y sus deberes de gratitud y sus afectos personales por otra.

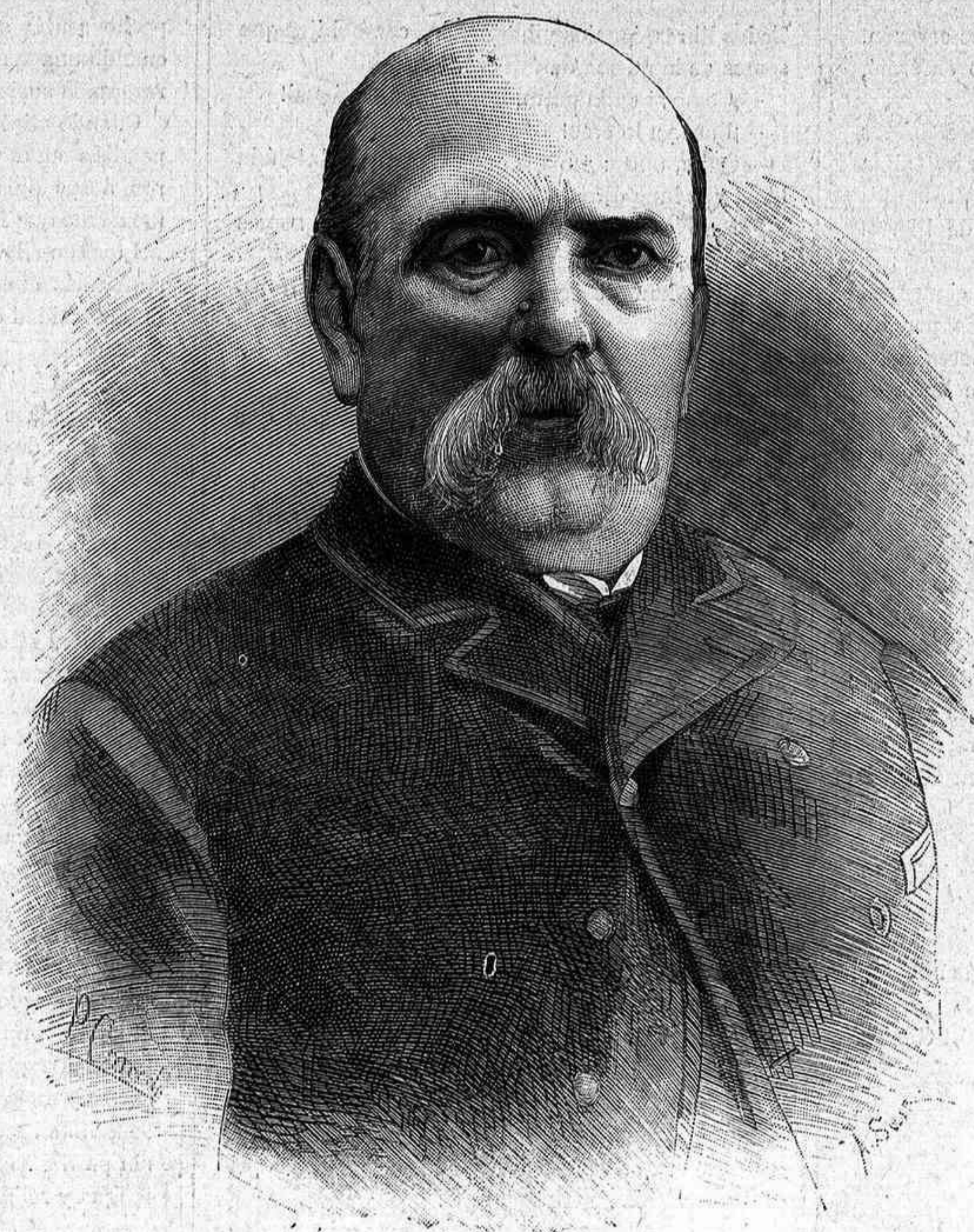
»Porque Augusto Llacayo era y ha sido siempre por herencia, por educación y por temperamento, demócrata, entusiasta del porvenir, amante y creyente de todos los florecimientos de la civilización y de la cultura. ¿Cómo no había de abrir su alma á las grandes expansiones de aquel dichoso suceso?

»Su corazón se conmovió, en efecto, con estos purísimos afectos.

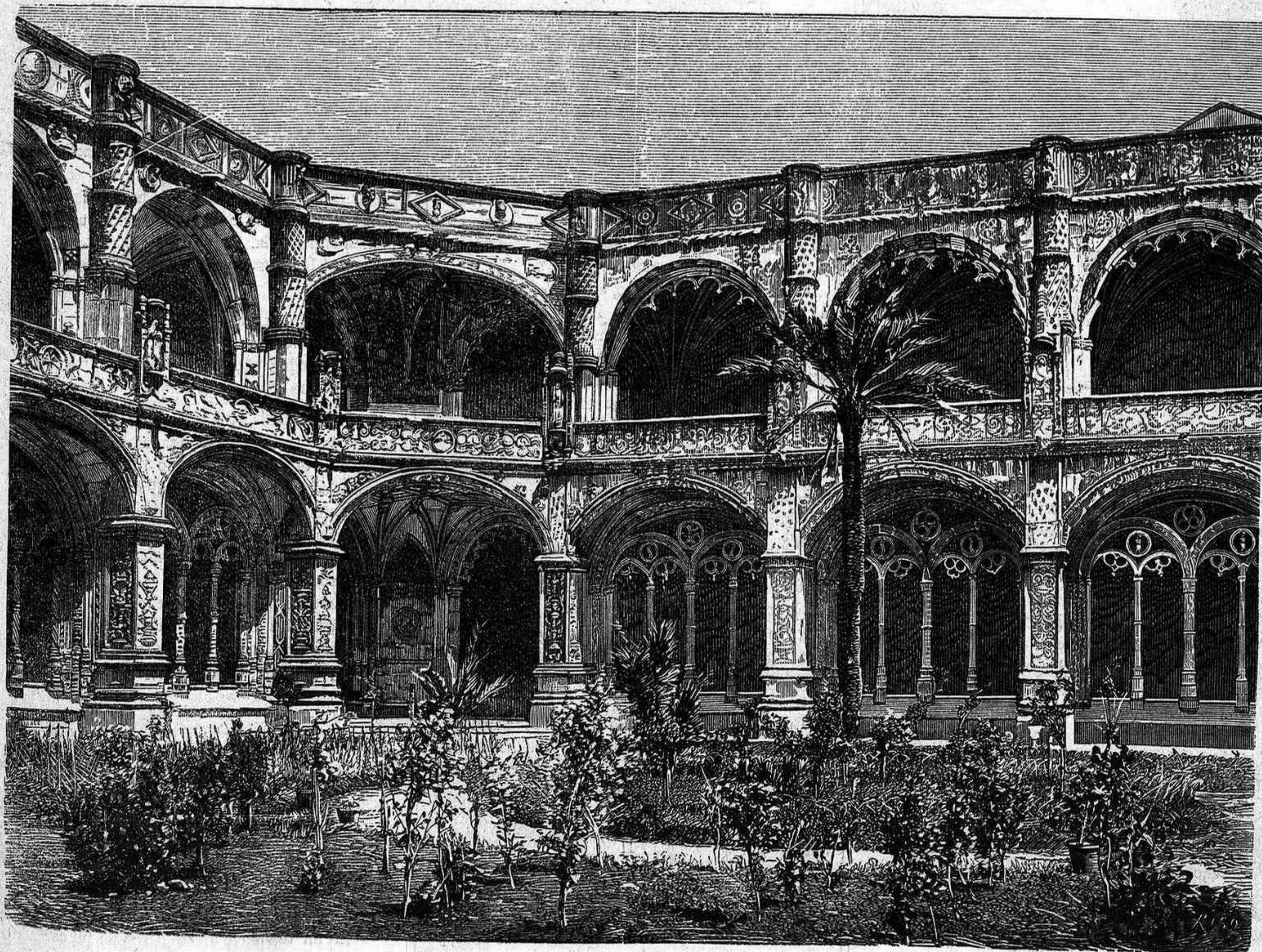
»Pero al lado del hombre moderno estaba el caballero perfecto, el espíritu delicado que por respetos íntimos y personales se imponía á sí mismo, en nombre de la gratitud, piedra de toque de las almas bien templadas, el sacrificio. Ya hemos hablado de la amistad particular que unía á Llacayo con doña Isabel. En nombre de ese noble sentimiento Llacayo se impuso el retraimiento ante aquel gran suceso.



GRANADA.—EL PATIO DE LOS LEONES, EN LA ALHAMBRA



EXCMO. SR. D. MANUEL BECERRA, EX-MINISTRO DE FOMENTO Y DE ULTRAMAR



LISBOA.—PATIO DEL PALACIO DE BELÉN

»Augusto Llacayo era un hombre todo corazón. ¡Tanto usó de él, que el corazón al cabo enfermó, fatigado: el corazón le mató!

»¡Hay todavía en los hombres muchos Cristos que mueren por afecto al hombre! Tener una alma desnuda y delicada, ¡qué gran peligro entre tantas almas forradas en estopa ó blindadas de hierro! Seres predestinados al sacrificio.

En Llacayo se sentían muchas palpitations del alma hermosa de Don Quijote, punzada por los malos y los necios. Los abusos de la fuerza le revolvían la conciencia; toda injusticia le hería en medio del corazón.

»Pasar él por donde dos reñían, por donde un hombre afligía á una mujer, por donde un adulto castigaba á un niño, por donde se manifestaba, en fin, el abuso y la imposición del más fuerte, sin tomar parte activa en el pleito, poniéndose en resuelta defensa del débil, era imposible.

»En su hogar, en sus relaciones particulares, era la ternura misma. Para la compañera de su vida se mostraba el adorador de siempre: para sus dos preciosísimas hijas, no padre, sino madre; para sus íntimos y allegados, padre y hermano en una sola pieza.

»Así es el hombre que hoy lloramos.

»Él hizo mucho y amó mucho. Y muere joven todavía: ¡a los cuarenta y cinco años! ¿Qué más puede ser quién más sea? ¡Sirva su recuerdo de culto á los suyos, de consuelo á los amigos, de aliento á los humildes, y á todos de alto ejemplo!»

Burgos 26 de Diciembre de 1886.—El General Gregorio Jiménez Palacios.

MEMENTO

IN UN ALBUM.—*Carnovale del 1869.*

(De L. Steccetti.)

Cuando el tropel de loca mascarada
Llegue hasta ti con infernal carrera,
No olvides que tal vez, lectora amada,
Haya en el hospital alguien que muera.

Cuando al salón subiendo apresurada
Quieras en torpe danza errar ligera,
Detén tu paso, que quizá postrada
La miseria solloza en la escalera.

Cuando sonrías, si en tus ojos bellos
Brilla un rayo de amor, piensa que al lado
Amor no otorga al pobre sus destellos.

Piensa, en fin, cuando prendas tu tocado,
Que una perla robada á tus cabellos
Puede evitar la muerte á un desgraciado.

CAYETANO DE ALVEAR.

La patria del hombre.

I

Entre los cantonales insurrectos que tuvieron que escapar de Málaga á la entrada de las tropas del Gobierno en esta ciudad, se hallaba Pedro Puente, de oficio herrero, casado y con un niño de pocos meses, amén de su anciana madre, que sólo servía en la casa para tener al nietezuelo en los brazos y arrullarlo cuando lloraba.

Pedro, durante todo el largo período de la revolución, había defendido, lo mismo en la taberna que en el seno del hogar, en el club que en la herrería, las ideas más radicales y avanzadas, habiendo también tomado parte, con las armas en la mano, en todos los motines, sublevaciones y revueltas de aquellos tiempos.

Republicano, federal é internacionalista después, declaró guerra á todo lo existente en nombre del derecho natural, la sociedad natural, y yo no sé cuántas naturalidades más que eran para él, sin comprenderlas, la cosa más natural del mundo.

—Pero, hombre: ¿no comprendes que eso no puede ser? le decía su madre.

—Sí, señora, que puede ser y será. ¡No que no!

Todos libres, iguales y hermanos, como hijos que somos de la misma naturaleza.

—¡Como si en la naturaleza fuese todo igual!

—¡Pues ya lo creo!

—¡Quita, tonto: ¿no ves que el sol es distinto á la luna, y la luna diferente que la tierra?

—Pero en la tierra todos los hombres somos iguales.

—¡Qué han de ser! Cada hombre tiene su patria.

—La patria del hombre es el mundo; yo soy ciudadano de todas partes.

—Vete de ahí, condenado, que no sabes lo que te dices.

—¡Vaya si sé! Usted sí que anda atrasada, abuela. ¿Si pensará usted que vive en el siglo de los frailes?

—¡Así va ello!

—Los tiempos corren.

—Desgraciadamente.

—Y el mundo progresa.

—A su perdición.

—No, señora; á su bienestar.

—Amén.

Cuando llegó el día de la expatriación, Pedro, su madre, su mujer y el pequeñuelo se reunieron en el muelle muy temprano para darse el último adiós.

Las dos madres lloraban, el niño reía, y Pedro, de un humor de todos los diablos, miraba de reojo el barco que había de trasladarle á un bergantín inglés que iba á zarpar aquella mañana misma.

—¿A qué vienen esos lloriqueos? ¡Ni que se hubiera uno muerto! prorrumpió Pedro haciendo de tripas corazón.

—¿Qué va á ser de ti? dijo la infeliz esposa oprimiendo al niño contra su seno.

—¡Ea! No hay que apurarse; si me voy, ya volveré; en tanto que haya salud y trabajo, lo mismo se vive aquí que en todas partes; la patria del hombre es el mundo.

—No, Pedro; no hay más patria que el suelo donde nacimos.

—¡Bah!... ¡Bah!... Déjese usted de historias; lo mismo se golpea el yunque en Málaga que en Pekin.

—¡Patrón, que ya es hora! gritó el hombre del barco.

—Sí, sí, vámonos luego. Con que lo dicho; trabajar y fuera penas. Yo os escribiré; la mitad de mi jornal será vuestro; cuiden ustedes al chiquitín, y al avío, que se hace tarde.

Pedro abrazó á su madre, estrechó fuertemente á su mujer, y al besar á su hijo, las lágrimas se agolparon á sus ojos. Avergonzado de tanta debilidad, procuró ocultar la cara con el sombrero; volvióse de espaldas á los suyos, se dirigió al bote, y saltando á este último, dijo entre repetidos sollozos:

—Hasta la vista.

Las dos mujeres se ahogaban de pena.

—Es la primera vez que le he visto llorar, dijo la abuela entre el hipo que le producía la angustia.

—¡Ay, madre! No será la última, añadió la esposa de Pedro gimiendo desconsoladamente.

El bote que conducía al herrero llegó al bergantín, y hasta la hora en que éste salió del puerto, desde el vapor á la playa, y de la playa al vapor, cruzáronse sin cesar cariñosos saludos y largas y afectuosas despedidas.

Cuando la distancia hubo borrado toda imagen, la memoria de unos y otros trajo pasados recuerdos, y nuevos y más crueles dolores atormentaron sus pechos ante la triste realidad presente.

II

De codos sobre el puente del buque, Pedro abarcó con la mirada á su ciudad natal, el barrio donde había nacido y vivido durante tantos años, y los lugares por él frecuentados tantas veces.

A medida que se alejaba de aquellos sitios, su

pecho sentía el dolor que debe sufrir la planta cuando una mano firme la arranca de raíz de la tierra que la susienta.

Cuando miró al lado opuesto, creyó hallarse suspendido en el vacío; el mar y el cielo se presentaron á sus ojos como las enormes fauces de un monstruo que fuera á devorarlo.

Lloró en silencio, y sin darse cuenta de ello, se sintió más aislado, más sólo y más pequeño ante la inmensidad del firmamento y la inmensidad del Océano.

Su viaje fué como un letargo, del cual despertaba únicamente de vez en cuando, para apreciar la intensidad de su desgracia.

Al llegar á Londres, su espanto y su desconuelo no tuvieron límites; aquel cielo plomizo, las largas calles de la ciudad, cuyos edificios más parecían helados espectros que habitaciones humanas; las gentes que circulaban en todas direcciones, hablando un idioma para él desconocido; todo, todo parecía rechazarle y decirle:

—Vete, vete: ¿qué vienes á hacer tú aquí? Esta tierra no es tu tierra; este cielo tampoco es el tuyo; esta ciudad no te pertenece. Vuélvete por donde has venido: ¿qué buscas? No tenemos trabajo que darte; nuestras casas, son nuestras; mi pan es para mis hijos; de ellos es cuanto poseo y tengo; vete vete.

Y Pedro, el ciudadano del mundo, el que había expuesto su vida por la igualdad y la fraternidad de los hombres, se vió solo y abandonado en medio de la numerosa muchedumbre, que le rodeaba por donde quiera que iba, sin un amigo que le consolara y dirigiera en medio de tantas confusiones; se halló en medio de la calle sin hogar, sin familia, sin patria... sí, sin patria, porque cielo y tierra, lengua y religión, raza y costumbres se presentaban ante él en todas partes, como cosas extrañas y enemigas.

Este suplicio duró algunos meses; la nostalgia le aniquiló; cada día más aislado, iba y venía á la ventura, hoy aquí, mañana allá, y siempre pensando en su modesta casita, en su hijo, en su mujer y su madre, á los cuales no había escrito y de quienes tampoco tenía noticia alguna.

Por fin se decidió á abandonar aquel país, entró al servicio de un buque mercante, y partió para América.

¡Pobre Pedro! No sabía que la herida abierta en su corazón, sólo un amor, una patria y un hogar podían cicatrizarla.

Cambió la escena, pero el personaje siguió siendo el mismo.

Quien luchas lleva en el alma,
vivirá en perpetua guerra
donde vaya, aunque la tierra
goce de perpetua calma.

El mismo dolor, el mismo sufrimiento, iguales angustias y semejantes pesadumbres; el vacío abierto en el alma de Pedro no se llenaba jamás.

Envejeció; sus negros cabellos se volvieron canos; profundas arrugas surcaron su rostro; el cuerpo se encorvó hacia la tierra, y la tristeza se apoderó de su espíritu, envenenándole todas las horas de su existencia.

Corrieron los años, no muchos, pero bastantes para quien los cuenta en el dolor; la amnistía abrió las puertas de la patria al emigrado, y voló, no tan pronto como su deseo quisiera, á su tierra natal.

III

Pedro saltó á tierra después de veinte días de navegación, y, temblando de felicidad y contento, cruzó las calles de Málaga, dirigiéndose á todo prisa á uno de los barrios extremos en donde estaba su modesta y pobre vivienda.

El sol estaba alegre, risueño el cielo, juguetón el mar y fecunda y hermosa la tierra.

—¡Al fin te vuelvo á ver, patria de mi corazón! iba Pedro diciéndose á sí mismo; vuelvo otra vez á tu seno, tierra de mis padres.

¡No sabía que te amaba tanto!
 ¡Cuánto he pensado en ti! ¡Cuántas lágrimas has
 hecho derramar á mis ojos! ¡Qué de tormentos has
 costado á mi corazón! Ya no te abandonaré jamás,
 jamás; contigo compartiré toda mi vida, y cuando
 muera, patria de mis hijos, tu guardarás mis huesos
 y dormiré firme en tus maternales entrañas. No
 hay más que una patria, la patria en que hemos
 crecido y amado; el resto del mundo es un desierto
 sin oasis.

Cuando Juan llegó á su casa, creyó volverse loco.
 Llamó; una cara extraña salió á recibirle.

—¿Qué se le ofrecía á usted, buen hombre?

—¿Y mi mujer?

—¿Qué mujer?

—La mía, mi Juana, mi esposa; vive con mi madre
 y un niño, que es mi hijo; Félix, así se llama
 el pequeño; Antonia es el nombre de mi madre.
 ¿Dónde están? ¿Dónde están? ¡Que quiero verlos!
 Nadie sabía dónde estaban.

Corrió de casa en casa buscando á sus antiguos
 compañeros; ninguno supo decirle qué había sido
 de su madre, de su mujer y de su hijo.

Entonces sintió más profundamente el vacío de
 la ausencia; miró en torno de sí, y le pareció que
 todavía se encontraba en países extraños.

¡Ay, el ciudadano del mundo era extranjero en
 su patria!

Por fin, logró adquirir noticias; pero ¡qué desgarradoras
 y crueles!

Su madre había muerto, su hijo había muerto
 también, y Juana, su mujer, al verse sola y abandonada,
 se había trasladado á Madrid con un hermano suyo.

Decidido á hallar á su esposa, se puso en camino
 y pasó á la capital de España.

¿Dónde dirigirse? ¿Á quién preguntar? ¿Cómo
 averiguar el paradero de Juana?

La constancia y el amor triunfaron de tantas
 dificultades. ¡Con qué placer la estrechó entre sus
 brazos! ¡Cuántas lágrimas derramó sobre su pecho!

Pedro y Juana se instalaron en una portería, en
 donde viven aún; tienen dos hijos, y se aman fuertemente.

Pedro se ha creado nuevas relaciones y amistades
 en la corte con gentes de su clase; alguna vez
 discute con sus amigos, entre quienes pasa por
 hombre reaccionario y de ideas rancias y viejas.

Muchas veces, frente á una copa de vino, le
 increpan duramente.

—¿De suerte que para ti no hay nada mejor que
 España?

—Nada.

—¿Mande quien mande?

—Sí.

—¿Y la libertad?

—Puedo pasarme sin ella.

—¿Y la igualdad?

—Una palabrota.

—¿Y la fraternidad?

—Música celestial.

—Pues la religión dice que todos somos
 hermanos.

—En el cielo.

—¿Y en la tierra?

—No hay más fraternidad que en la familia, y
 eso no siempre.

—Eres un reaccionario; el hombre es ciudadano
 del mundo.

—Eso pensaba yo; pero la experiencia me ha
 enseñado que el hombre no tiene más que una patria,
 donde hablan su lengua, adoran su Dios y
 donde tiene sus padres, su mujer y sus hijos; ¡ay!
 y cuando estos últimos le faltan, el hombre es
 extranjero en todas partes.

V. COLORADO.

LOS EGOÍSTAS

Arreglo del inglés por A. Ordax.

(Continuación.)

XVI

El despacho de Grad era una colección de cuadros
 estadísticos. Una de las ventanas daba vista
 á la ciudad; y cuando Luisa se sentó cerca de la
 mesa, lo primero que vió desde su sitio, fueron las
 altas chimeneas de Cok y las inmensas corrientes
 de humo que ennegrecían la atmósfera.

—Mi querida Luisa, comenzó Grad; estás habituada
 á examinarlo todo con la tranquila imparcialidad
 del cálculo, y abrigo la esperanza de que reflexionarás
 fríamente sobre lo que voy á comunicarte.

Esperó, como si deseara que su hija hiciera alguna
 observación; pero Luisa no pronunció una palabra.

—Luisa, acabas de ser objeto de una proposición
 de matrimonio.

Esperó otra vez á que le contestase algo, y sorprendido
 por este silencio, repitió con dulzura:

—Una proposición de matrimonio, querida mía.
 Luisa replicó entonces sin la menor emoción:

—Oigo perfectamente, padre.

—¡Vamos! dijo Grad sonriendo; ¿eres todavía
 más dueña de ti que yo hubiera podido esperar, ó
 es que ya tenías noticia de este asunto?

—No puedo contestar sin oír á usted por completo.
 Deseo saberlo todo por usted.

¡Cosa admirable! Grad pareció en este momento
 menos tranquilo que su hija.

—Lo que acabas de decirme, Luisa, no puede ser
 más razonable. Yo he prometido hacerte saber...
 y... en una palabra, el Sr. Bun me ha pedido tu
 mano.

Nuevo silencio. El reloj, lúgubramente estadístico,
 lanzó algunas broncas notas. El humo que se
 cernía sobre Cok pareció ennegrecerse y espesarse
 cada vez más. Por fin Luisa dijo:

—Padre, ¿cree usted que yo amo al Sr. Bun?

Tan inesperada pregunta desconcertó á Grad.

—Hija mía... yo... yo no puedo contestar...

—Padre, ¿me pide usted que ame al Sr. Bun?

—¡No, hija! Yo no pido nada.

—Padre, ¿el Sr. Bun me exigirá que le ame?

—Hija mía, es difícil contestar á esta pregunta,
 porque la respuesta depende esencialmente del
 sentido que demos á la palabra empleada. El señor
 Bun no te cree susceptible de nada fantástico ó
 sentimental (términos sinónimos) y probaría haber
 aprovechado muy poco las ocasiones que ha tenido
 de observar el sistema de tu educación, si examinase
 este asunto bajo un aspecto semejante. Parece,
 pues, que la expresión de que te has servido
 no es precisamente la expresión propia.

—¿Cuál me aconsejaría usted usar en cambio?

—Hija mía, replicó Grad ya en mejor terreno;
 tienes, en cifras redondas, veinte años, y Bun
 cincuenta. Esta diferencia, ¿puede constituir un
 obstáculo á vuestra boda? He aquí la primera
 cuestión. Pues bien; consultemos la estadística
 de los matrimonios y encontraremos que un gran
 número ha sido contraído entre personas de
 edades desproporcionadas, y que casi siempre la
 de más edad es el marido.

—¿De qué palabra puedo entonces hacer uso,
 preguntó Luisa sin perder su calma habitual, en
 vez de la expresión *impropia*?

—Luisa, replicó su padre, obligado á resumir su
 argumentación; el hombre es naturalmente malo;
 vivimos en perpetua guerra, y el dinero es la
 sola garantía de alguna felicidad en este mundo.
 Por esto las dulces afecciones, la inteligencia y
 la instrucción (en tanto que no producen dinero)
 son cosas inútiles, ó más bien perjudiciales. El
 criterio, pues, de la conveniencia económica es
 aplicable á todo orden de asuntos; no sufre
 excepción ninguna, y la cuestión presente debe
 ser planteada por ti de este modo: «¿Es conveniente
 mi matrimonio con el Sr. Bun?»

—¿Es conveniente mi matrimonio con el señor
 Bun? repitió su impasible hija.

—Justamente. Y me agrada mucho ver que no
 llegas al examen de esta cuestión con las ideas de
 la mayor parte de las niñas de tu edad.

—En efecto, padre, contestó irónicamente Luisa.

—Pues bien, dijo Grad. He expuesto el hecho
 de la manera que se acostumbra entre espíritus
 prácticos. Ahora tú resolverás.

Luisa tenía los ojos fijos en su padre, y si Grad
 hubiera podido cambiar de naturaleza, habría
 observado que pareció más de una vez dispuesta á
 arrojarle en sus brazos y confiarle las emociones
 de un corazón duramente contrariado. Pero para
 ver esto era preciso saltar todas las barreras
 sociales interpuestas entre él y esas esencias
 sutiles de la humanidad que escapan siempre á
 las más sagaces investigaciones de álgebra,
 hasta el momento en que la voz de la trompeta
 suprema haga volver el álgebra misma á la nada.
 El matemático y economista Grad no vió, pues,
 nada en Luisa; ésta reprimió su primer movimiento,
 y la ocasión se precipitó en el abismo sin fondo
 del pasado, para unirse con todas las demás que
 el tiempo había allí sumergido.

Luisa cesó de mirar á su padre y se abismó en
 su contemplación favorita: las chispas ó el humo.

—¿Es que consultas á las chimeneas de Cok?

—No hay allí, á primera vista, más que un humo
 perezoso y monótono; sin embargo, cuando viene
 la noche, el fuego brilla, padre.

—Todo el mundo sabe eso, Luisa. No veo qué
 relación puede haber entre esa observación y el
 asunto que tratamos.

Y era verdad; el desgraciado padre, eminentemente
 práctico, no veía absolutamente esta relación,
 por muy sensible que fuese, en este caso.

Luisa murmuró entonces, como hablando consigo
 misma:

—Mientras viva... yo hubiera querido hacer todo
 el bien posible, el poco bien que se me hubiera
 puesto en condiciones de hacer; pero, en fin, ¡no
 importa!

Esta última palabra sorprendió á Grad.

—¡Querida mía! ¿Qué es lo que no importa?

—El Sr. Bun, continuó Luisa como si no hubiera
 oído, me pide en matrimonio. La única pregunta
 que yo debo hacerme es ésta: ¿Es conveniente
 mi matrimonio con el Sr. Bun?

—Sin duda, hija mía.

—Pues bien; «puesto que agrada al Sr. Bun
 aceptarme así, no veo por qué yo habría de rehusar
 su proposición.» Esta es mi respuesta; deseo
 que se la repita usted palabra por palabra, porque
 necesito que se le diga lo mismo que yo he dicho.

—Siempre es buena la exactitud, querida mía.
 Tu observación será satisfecha. ¿Tienes algo más
 que expresar relativamente á la época de tu
 matrimonio?

—Nada, padre: ¡no importa!

Esta exclamación sonó ahora ya tan desagradablemente
 en el oído de Grad, que cogió la mano de su
 hija, y dijo:

—Luisa, es una pregunta que he creído inútil
 dirigirte, porque la posibilidad que implica me
 parece demasiado dudosa. ¿Has recibido reservadamente
 alguna otra proposición análoga á la del señor
 Bun?

—Padre, replicó vivamente Luisa en un tono
 casi desafiante: ¿quién habría podido dirigirse á mí
 con un objeto semejante? ¿Qué gentes he visto?
 ¿Cuáles son las experiencias de mi corazón?

—Querida Luisa, contestó Grad satisfecho y
 tranquilizado, tienes razón; mi pregunta era inútil;
 pero quería solamente llenar un deber.

—¿Sé yo, por ventura, prosiguió Luisa, lo que son
 simpatías, lo que es un capricho, una aspiración?
 ¿No se ha conseguido atrofiar aquella parte de mi
 naturaleza donde hubiera sido posible desenvolver
 cosas tan fútiles?

(Continuará.)

BELLAS ARTES



LA PRIMERA CITA DE AMOR

Se ha
 cuando
 el cuent
 del leng
 á consti
 Es in
 eco pop
 fondo al
 do del C
 nán Gor
 de la fic
 vivo, de
 Y he a
 nea ha o
 lo huma
 granas y
 para lib
 groserías
 Los he
 naba com
 Hay u
 verdad, a
 libro no
 só aquel
 pulo de
 maravillo
 Pasó á
 fábulas, l
 mayores e
 y de Arís
 quedaron
 Heliodo
 tes y los



EL SUBINSPECTOR MÉDICO D. AUGUSTO LLACAYO

La novela contemporánea.

(PUNTES)

Se ha dicho que la voz de los ancianos, continuando la tradición y adornando los hechos, creó el cuento; y que el cuento, revestido con las flores del lenguaje y las fantasías de la imaginación, vino á constituir la novela.

Es indudable que en aquellas historias que el eco popular transmitía, palpitaba siempre en el fondo algo cierto, y así era en las del Cid, Bernardo del Carpio, los infantes de Lara y el conde Fernán González, porque la novela, entre las mallas de la ficción, ha sido constantemente reflejo de lo vivo, de lo real y de lo histórico.

Y he aquí el carácter que la novela contemporánea ha de revestir como género de arte literario: lo humano, lo contingente, lo posible. Y las filigranas y los encajes del ingenio y de la inspiración para librar de impurezas y pulir y desbastar de groserías la misma realidad que ha de pintarse.

Los hebreos no tuvieron novela, y nadie adoraba como ellos la verdad.

Hay un libro admirable, que es el libro de la verdad, adornada como no se ha visto nunca, y ese libro no es novela (hablo de la Biblia). Usó y abusó aquel pueblo de la hipérbole, porque fué discípulo de los orientales; pero no imitó los cuentos maravillosos.

Pasó á Grecia esta civilización, y surgieron las fábulas, hermanas quizá de la novela, hermanas mayores en el tiempo, menores en la importancia; y de Aristides, el gran novelista de Mileto, no más quedaron que cuentos impresentables.

Heliodoro, San Juan Damasceno, los Xenofontes y los Pitagóricos no lograron hacer una novela.

Aquella historia famosa de Teágenes y Clariclea, historia castísima de dos enamorados, de dos almas que todo eran corazón y miedo, amor que se traducía en suspiros sin tentaciones y palabras sin hiel, era una historia de pasión inocente, primitiva, embustera, salvaje.

Con el mismo sentido escribió Cervantes el *Pérsiles*, lo mejor sentido, lo pensado con más desdicha por el gran novelista.

Los romanos no tuvieron nove'a, quizá porque no tuvieron hogar; que la familia romana fué hija del derecho más que de la naturaleza. Las narraciones del imperio son historias inmundas.

Viene un gran paréntesis en la literatura romancesca, y hasta los árabes no surge la fábula, que aparece con los trovadores.

El Conde Lucanor es un libro de política y de moral, un testamento de consejos familiares. Prescindid de ellos, y veréis á la novela manifestarse en los libros de caballerías.

Pero todavía la novela no reinaba en sus dominios; aún podía considerarse como transformación, como degeneración de la epopeya, que al fin y al cabo era la única epopeya de su tiempo.

Esperad á los críticos, y cuando vuelvan al polvo aquellos fantasmas, cuando un espíritu sutil hiera en su extravío delirante aquellas grandes locuras, entonces vendrá con todos sus vuelos, con toda su transcendencia, con todas sus condiciones, con toda su estructura inmortal la primera novela, *El Quijote*.

Floreció después el género picaresco, esencialmente español, exclusivamente español, amena literatura de crítica social, menos ligera que el *esprit* francés, menos amarga que el melancólico humorismo de los publicistas ingleses desesperados.

Y entre florecimientos y decadencias, la novela ha llevado su cruz hasta brillar en nuestra época con los resplandores más vivos, con sentido humano, y hecha de carne y hueso sobre una acción que podía ser fingida, pero que debía ser verosímil.

Confundiéndola con la lírica, dándola verdaderamente el carácter de poesía, se ha dicho que la novela ha de pintar lo que debe ser.

Confundiéndola con la historia, se ha dicho que debe pintar lo que es.

Pero erróneamente, porque el carácter de la novela se determina en su misma complejidad. No hay otro género, no hay otra manifestación literaria que se le parezca, siempre que no sea tan flexible, tan esencialmente flexible como la novela, y yo no la conozco. Por lo mismo no aparece forma da completamente hasta una época muy avanzada; por eso viene hoy á responder á nuestro movimiento civilizador, universal y progresivo.

Todas las pasiones del alma humana, todas las fases de la vida social, todos los sentimientos caben dentro de la novela, y así participa de todos los géneros y armoniza las tendencias más variadas. Su misma forma prosaica, más propia para el análisis, le da una significación de género sintético singularísimo, no porque los abarque todos en su estructura, sino porque todos la influyen, la definen. Toma las imágenes de la oratoria, no la distingue de la dramática más que la representación, de la lírica el verso, de la epopeya los altos vuelos, de la didáctica el método, porque la enseñanza puede surgir de la novela, y expresa y comprende en su forma algo de todas formas, como rayos de todas las luces, como palpitaciones de todos los sentimientos.

Hoy todo se estremece. Se levanta la sombra, se extiende la oscuridad, y la duda dibuja apenas per-



files desvanecidos, aspiraciones aisladas, independencias negativas, rebeliones de pensamientos sin generación y fórmulas sin escuela.

La libertad del arte ha introducido en su producción y comercio cierta simpática anarquía, y la impaciencia en que la duda nos agita ha herido de muerte los ideales colectivos y ha creado el arte moderno, que es individualista, porque es humano.

Por esto mismo, la novela que ha de recoger las tendencias variadas y presentarlas como se ofrecen, que ha de reflejar todos los matices de esta época de cien colores, y ha de indicar todos los hilos de este laberinto, ha de cumplir su fin de esta manera, sin ir más lejos.

Laboulaye ha dicho una verdad.—En la novela, ni se hace á los hombres, ni se educa á los pueblos.

CONRADO SOLSONA.

(Continuará.)

ESPECTACULOS

Yo bien quisiera dar á ustedes cuenta de dos ó tres estrenos de óperas españolas ú originales de autores extranjeros, pero...

No se dejen ustedes arrebatar por la pasión; reflexionen con calma, y comprenderán que el empresario del teatro Real, que ya sabe que no le han de dar prisa para pagar los treinta y tantos mil duros á la Hacienda, y que además soporta con resignación el cobro del abono (que es una bicoca) y otras mil... impertinencias, no puede hacer frente á los derechos de representación de los autores españoles.

Además habría que hacer trajes, y esto se evita cantando *Norma*, para cuyas vestales tiene la empresa unos tules en buen estado, y cantando *La Africana*, para cuyos guerreros dejó el Sr. Robles las consabidas y resabidas armaduras.

Además, que al público elegante le gusta saber de memoria la obra; porque es tan engorroso eso de juzgar...

Además que con obras españolas nuevas no se da ningún plato de gusto á ningún maestro español amortizado...

En fin, no hay estreno en el teatro Real de que hablar en esta reseña.

Los conciertos de primavera prometen mucho. Se cuenta con Sarasate y con la pianista señora Max.

Celebraremos que no sea una pianista de más ó menos.

La *Trata de blancos* ha resultado una segunda edición de las *Saetas*.

Los blancos del drama no son blancos, sino ahumados, y el que debía ser negro resulta casi blanco.

La niña es muy parda.
Y el público está tordo ó tardo en entusiasmarse.
A otra.

En la Princesa, dos fracasos.
De *El año uno* y *Aire colado*. Este último sigue colándose con trabajo.

Deseamos al Sr. Mario que vuelva... sobre sus pasos.

En la Comedia sigue el público aplaudiendo los juguetes *Trinidad* y *Cara ó cruz*, que gustan cada vez más, y reciben una interpretación esmeradísima.

En Lara se estrenó, con feliz éxito, *El indiano*, original de Segovia Rocaberti. Tiene situaciones cómicas que podrían haber sido más desarrolladas, chistes delicados y una versificación de primer orden.

De los estrenos verificados en el beneficio de la simpática artista doña Balbina Valverde hablaremos en el próximo número.

En Variedades ha obtenido buen éxito el *Cuento del año*, original de Navarro Gonzalvo.

Es una revista que tiene gracia y está puesta en escena con propiedad y lujo.

En Eslava se llena todas las noches el local para aplaudir *Las criadas* y *La fiesta de la gran vía*.

La primera, original de Monasterio, tiene demasiados chistes verdes, cosa que no necesita el autor cultivar por sistema para hacerse aplaudir.

La segunda, original de Pina Domínguez, está escrita con muchísima gracia.

Es un éxito justificado.

Y no digo más, aunque pudiera.

En el teatro Maravillas, Dalmau continúa su obra de educación artística con su excelente clase de declamación, y consigue despertar en las clases populares de uno de los más importantes barrios de esta corte (Chamberí) afición al teatro, en sustitución al gusto por los toros y los bailes, que tanto perjudica al desenvolvimiento moral de nuestro pueblo. Dalmau es un actor de gran talento, y ha formado una Asociación de artistas que obtendrán, con el tiempo, muy legítimos y envidiables triunfos. El segundo actor tiene una voz muy simpática, y es ya un maestro en ese difícil arte de la representación teatral.

El Circo de Price, muy concurrido; más que por las obras, por el tenor cómico D. Pablo López, que canta como cantaba Caltañazor.

Madrid vestido de *pirot* los más de los días.

Es un espectáculo que el público recibe con frialdad.

CANTACLARO.

BIBLIOGRAFÍA

«Guerra de Oriente.» conferencias dadas en el Centro Militar, por el teniente general D. Tomás O'Ryan y Vazquez.

El señor general O'Ryan ha tenido la feliz idea de reunir en un pequeño y elegante volumen las conferencias que con el epígrafe que encabeza estas líneas, dió hace dos años en el Centro del Ejército y la Armada.

La prensa profesional, y particularmente nuestra Revista, se ocupó entonces; con justísimos elogios, de las agradables é instructivas veladas que debimos los socios del Centro al talento, erudición y singular amabilidad del antiguo jefe de Estado Mayor general del ejército del Norte. D. Tomás O'Ryan supo deleitar varias noches al numeroso auditorio que acudía solícito á oírle, relatando sobre un mapa de la península de Crimea los pormenores de aquella lucha memorable, á que asistió en concepto de agregado al Estado Mayor del ejército francés.

El conjunto de tan notables conferencias hace hoy un libro por demás apreciable; un libro que ha de ser buscado y leído con interés por cuantos estudian la historia militar contemporánea. Procedente del Cuerpo de Ingenieros, el autor explica además, con la debida competencia, la serie de trabajos que se llevaron á cabo en el sitio de Sebastopol por sitiadores y sitiados, pareciendo personificarse las mutuas tareas en las dos grandes figuras de Tottleben y Niel.

La narración resulta admirable por su sobriedad de estilo y vigor de la frase. La personalidad del noble español D. Antonio Martínez, general de brigada del ejército francés, los azares y vicisitudes de su vida militar, dan motivo al señor general O'Ryan para rendir culto á la memoria de un hom-

bre honrado y cumplido caballero, con quien le unió acendrada amistad.

Enviamos nuestra respetuosa felicitación al veterano General por haber publicado tan interesante y útil libro, felicitándonos también nosotros de poseer el ejemplar que se ha servido remitirnos, y que en extremo agradecemos, dándole colocación preferente en nuestra modesta biblioteca.

Tribunales militares y jurisdicción gubernativa, disciplinaria y administrativa en el ejército, por D. Santiago Benito é Infante, comandante capitán del cuerpo de carabineros.

La obra que lleva este título es, como se comprenderá desde luego, importantísima y muy útil para todas las clases de la milicia.

Reunir en un volumen de 870 páginas casi folio, con orden, regularidad, exactitud y método, cuanto cabe hoy día bajo este epígrafe, *Tribunales militares*, es empresa que repugnaría emprender, contándose sin fuerzas, el hombre de más valor, y á la cual, sin embargo, el Sr. Infante ha sabido dar cima de un modo tal, que puede en verdad mostrarse satisfecho y orgulloso.

Imposible nos es entrar aquí en el examen circunstanciado de un libro de tal volumen y transcendencia; pero sí diremos, después de haberlo repasado con algún detenimiento, que cumple colmadamente á su objeto, como estudio, por la explicación metódica y precisa de las disposiciones contenidas en la ley de organización y atribuciones de los consejos de guerra, ley de Enjuiciamiento militar y diversos reglamentos, órdenes y disposiciones; y como obra de consulta, es no menos apreciable por el resumen alfabético en que se define y explica todo el tecnicismo legal, y por los cuadros sinópticos que contiene, así como por los formularios y textos que los Tribunales deben tener á la vista.

La obra, impresa con esmero, véndese al precio de 11 pesetas en Madrid y 12 en provincias, franco de porte. Los pedidos al autor, en la dirección general de Carabineros.

LA CONQUISTA DE PLASSANS, POR E. ZOLA

Este es el título de otra novela de Emilio Zola, publicada por la empresa de *El Cosmos Editorial*. Como *La Fortuna de los Rougon*, *El vientre de París* y *Su Excelencia Eugenio Rougon*, forma parte de la serie de novelas que escribió el eminente escritor francés, titulándola *Los Rougon-Macquart*.

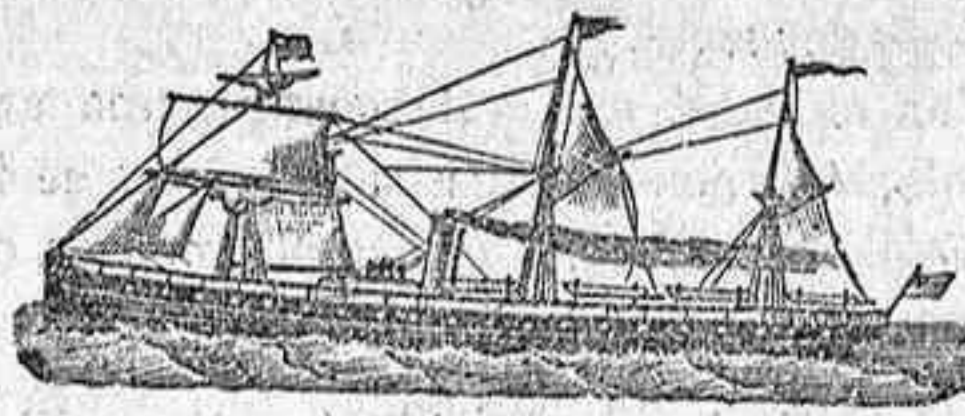
En esta novela, igual que en todas las demás de la serie, son objeto de estudio las evoluciones de una generación de hombres ávidos de enriquecerse y ansiosos de ganar alta posición á toda costa. La vida de provincias, las intrigas de baja extracción que en el círculo social de Plassans (prototipo de la capital de provincia francesa) se desarrollan, todas las ruindades de una agrupación de personas corroídas por el interés y fustigadas por la ambición, pintalas Zola con tanta riqueza de colorido y de tal suerte las detalla, que, después de leída esta novela y aquellas otras de la serie *Los Rougon-Macquart*, se puede formar exacto juicio de lo que era el pueblo francés cuando Francia estaba todavía bajo el influjo de la política del segundo imperio.

Marta Rougon y su marido Francisco Mouret, el P. Faujas y el P. Fénil, son las figuras que ocupan el primer término del cuadro; en segundo término figuran tipos trazados con mano maestra: el P. Bourrete, el P. Surin y monseñor Rousselot, y sobre el fondo una pléyade de ambiciosos provincianos que, sin mirar más que á su propio interés, se agitan, completa el efecto y acaba la admirable obra del célebre novelista.

Esta obra se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Montera, 21, Madrid, y en las principales librerías de España y América.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacifico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE FEBRERO

El 10, de Cádiz, el vapor **Veracruz**; el 20, de Santander, el vapor **España**; y el 30, de Cádiz, el vapor **Ciudad de Cádiz**.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor **Isla de Pansy** saldrá de Barcelona el 1.º de Marzo próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la Compañía **Trasatlántica**, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegacion de la Compañía **Trasatlántica**.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Unico depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

LA ILUSTRACION NACIONAL

Almirante, 2, quintuplicado.

VENTA DE IMPRESOS MILITARES

Se sirven á vuelta de correo toda clase de impresos y documentos para las oficinas de los primeros Jefes, Detall, Almacén, Cajeros, Habilitados, Compañías, Gobiernos militares, Bibliotecas, Caja de recluta, etc., etc.

Hay además toda clase de libros rayados y en blanco, Registros, papel timbrado, y cuantos encargos se pidan, con arreglo á toda clase de formularios, facilitándose todo en condiciones muy ventajosas y económicas.

HORA FIJA

Por 2,50 pesetas semanales relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43

MADRID

COMPAÑIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO

Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

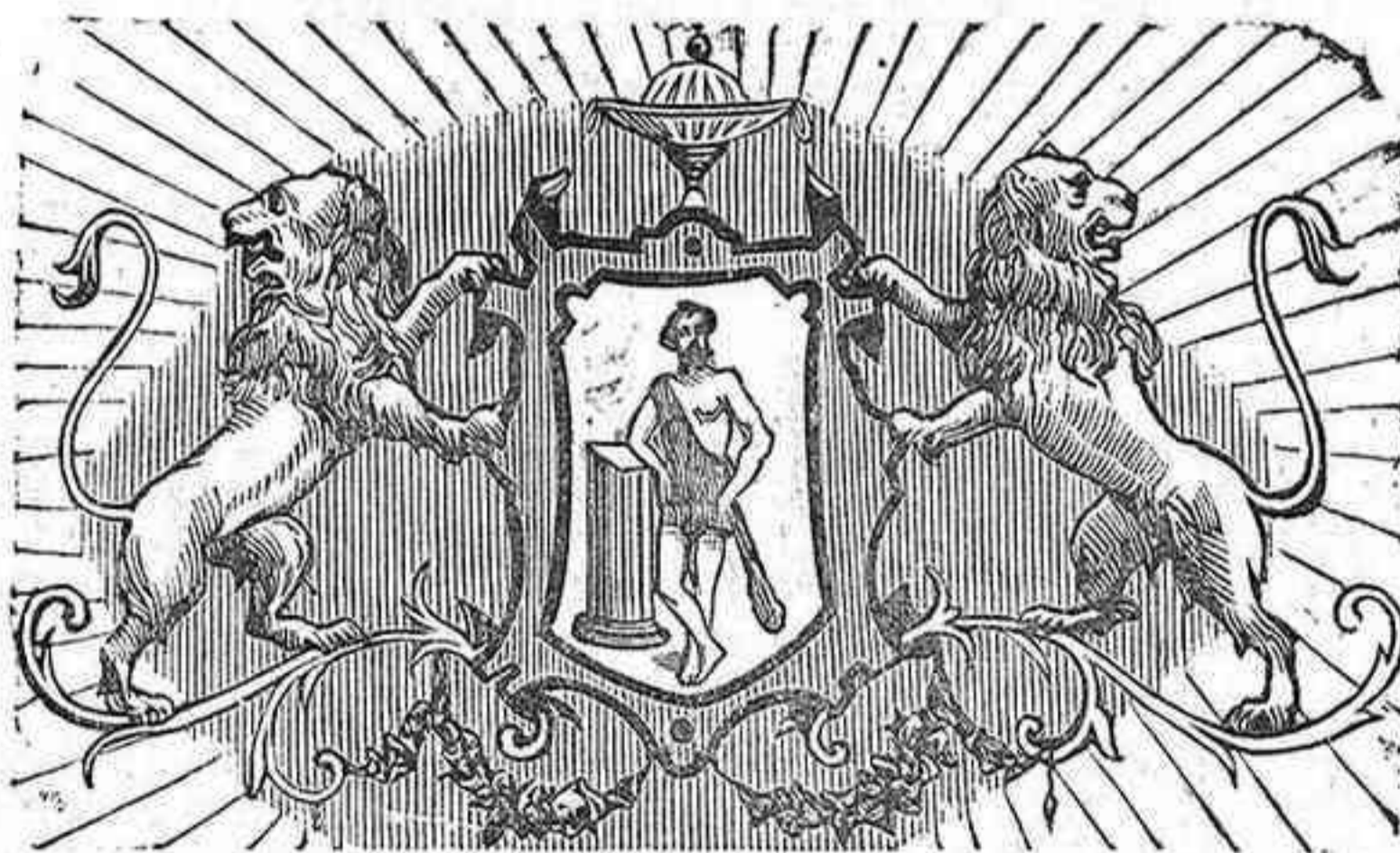
En la Exposición de París de 1888.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS

BOMBONES DE CREMA Y PRALINÉ

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.



EL NON PLUS ULTRA

DE LOS JABONES DE TOCADOR

FABRICADO ESPECIALMENTE POR L. ECKELAERS, DE BRUXELAS

PARA LA PERFUMERIA FRERA

CARMEN, 1, MADRID

CASA ESPECIAL EN BLANCOS Y TINTES

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

A LOS IMPRESORES

En la imprenta de este periódico se halla de venta una máquina nueva del reputado constructor **M. Alauzet**. La platina de la expresada máquina mide 85 centímetros de largo, por 65 centímetros de ancho.

También se vende una prensa, en muy buen estado, del renombrado constructor **M. Gaveaux**.

Ambas máquina y prensa, juntas ó separadas, se venderán en las más ventajosas condiciones. Para detalles, pormenores y contrato, dirigirse, bien por carta ó personalmente, á D. Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 duplicado, imprenta.

DEPOSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica; hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

Negro firme. **IMPERMEABLES** No cambian de color.

N. LEJEUNE ET C.ª, PARÍS

Nuestros impermeables se recomiendan por su fabricación y por la superioridad del tejido. Recordamos á los señores Jefes y Oficiales que tenemos á su disposición, como el año pasado, muestras que pueden pedir por correspondencia, y que tendremos sumo gusto en mandarlas, así como los precios.

N. Lejeune et C.ª, 30, rue de l'Echiquier.

PARÍS



IMPERMEABLES INGLESSES

Marca «Gallo.»

Especialidad en *Capotes impermeables*, forma reglamentaria para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisición de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20, BARCELONA

SOBRE CUBIERTA

Domingo gordo, como le denomina la gente; día grande: empiezan los disfraces.

Madrid se divierte.

Bailes en la Ópera chica, porque en Madrid no la denominamos, como en París, *Grande Ópera*.

Bailes en la Zarzuela, en la Comedia, en la Alhambra y en otros salones más humildes.

Caretas de cartón, reproducciones de las fisonomías de varios personajes.

Dominós y capuchones.

Alegría general.

¿Quién no se disfraza?

Sin embargo, el Carnaval ha venido á menos.

Esto se explica, porque en Madrid hay Carnaval perpetuo.

Caras que parecen caretas, así como hay caretas que parecen caras conocidas.

Pierrots y arlequines bulliciosos, dominós negros, fúnebres, y sujetos jorobados de capricho.

—¿Qué diferencia de tiempos! me decía anoche una señora distinguida, ya senadora vitalicia. Hace algunos años el Carnaval era más animado: ¡qué bailes aquellos que daban en el palacio de Villahermosa! ¡Qué personal en hombres, y qué mujerío asistíamos á ellos!

—¿A los hombres?

—No, hijo; á los bailes. Y además había sociedades distinguidas, como la de la calle del Almendro, la de la calle de Luzón. Aquello era otro Madrid.

—¿Ya lo creo! afirmé.

—¿Y cuando estábamos en uno de esos bailes modestos, y de pronto se presentaba la partida del Trueno?

—¡Carape! Sería terrible la emoción.

—No lo crea usted: la partida del Trueno era una sociedad de chicos de buenas familias.

—¿Sí, eh?

—¡Vaya! Guardias de Corps y muchachos de la crema. Pero, en fin, ello era que nos divertíamos de verdad.

—Se comprende.

—No estaban los bailes al alcance de todas las inteligencias; ni se había fundado Capellanes, ni esos bailes de peseta con guardarropa.

—Todo degenera.

—Una aldeana, una valencianita, una antigua española, lucía en cualquier salón. Ahora se disfrazan de mamarrachos. Ustedes no podrán distinguir á las mujeres decentes.

—No, señora, por casualidad distinguimos alguna.

—¿Y las bromas que dábamos entonces á los amigos? Yo tuve al borde del suicidio á un secretario de la embajada francesa, que me tomó por Lola Montes. Iba yo vestida de bolera contemporánea.

—¿Y el hombre se enamoró?...

—Hasta los huesos. Se me declaró en francés, según pude comprender, porque le oí que me hablaba de *amur* y de *mariage*, que significa matrimonio, conforme me tradujo una amiga algo francesa.

La verdad es que ya no se ve un Guillermo Tell ó Tal en esas calles, ni un caballero á la antigua española, ni un contrabandista con sus botas y su sombrero de catite, y su pañuelo á la cabeza, y su marsellés, y sus calzones, y su manta y su trabuco de guardarropía.

Ni una vestal, ni una mora, ni una aldeana salen á luz.

Se conserva el hombre, ó los hombres mejor dicho, que brindan á la infancia estudiosa con el higo volante.

Esos seres benéficos que transmiten de padres á hijos la caña y los higos de la familia.

Esa institución, cuyos individuos á ella pertenecientes mantienen la tradición durante los días de Carnaval.

Hasta las estudiantinas han perdido su carácter.

Por casualidad se echa á la calle una de esas comparsas compuesta de verdaderos estudiantes.

Se ha extendido la afición á los profesores de conciertos nocturnos y á los pobres ciegos é impedidos que habitan en Madrid.

El efecto es sarcástico y horrible á un tiempo.

Un manco toca la pandereta; un ciego la guitarra; un cojo el violín; un desgraciado, á quien llevan casi desarmado en un serón, conducido á lomo por un burro, es el postulante.

La alegría del Carnaval en semejantes seres lastima al traseunte.

Se disfrazan según el modelo de los antiguos danzantes; es decir, entre moros y valencianos de la Huerta.

En otro tiempo el dinero que recaudaban las estudiantinas, junto con el que cada individuo de los que las formaban poseía, se derrochaba en los días de Carnaval.

Ahora el dinero que recaudan esos comparsas de pobres lisiados sirve para que coman durante algunos días ellos y sus familias.

Cada año somos más pobres los españoles.

Los hombres hemos acordado suprimir los disfraces para asistir á los bailes de máscara.

Unos se disfrazan de frac, y otros de levita.

Hace pocos años, ignorando estas costumbres, se presentó en un baile del Real el embajador de una potencia extranjera, vestido de majó ó de Felipe III.

Cómo fué recibido, no hay para qué decirlo.

Si se descuida, le lidian en el *restaurant*.

Así le decía, «con razón,» un camarero:

—En España hemos adelantado mucho, buen hombre.

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

Prima segunda al ver terciá,
el tren se acercaba á *todo*,
pues dejé allí más ingleses
que letras tiene un infolio.

Prima dos, nada me importa
que te enfades con *dos terciá*,
pues así probarás que
segunda todo no eras.

Solución á las anteriores:

ALGARABÍA.—CAZADORES.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

REVISTA DE 16 PÁGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

PENÍNSULA..	{ Trimestre..	4 pesetas 50 cénts.
	{ Semestre.	9 » »
	{ Un año.	18 » »
EXTRANJERO	{ Semestre.	12 pesetas.
	{ Un año.	24 »

Los pedidos pueden dirigirse á la Administracion en Madrid. CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.

